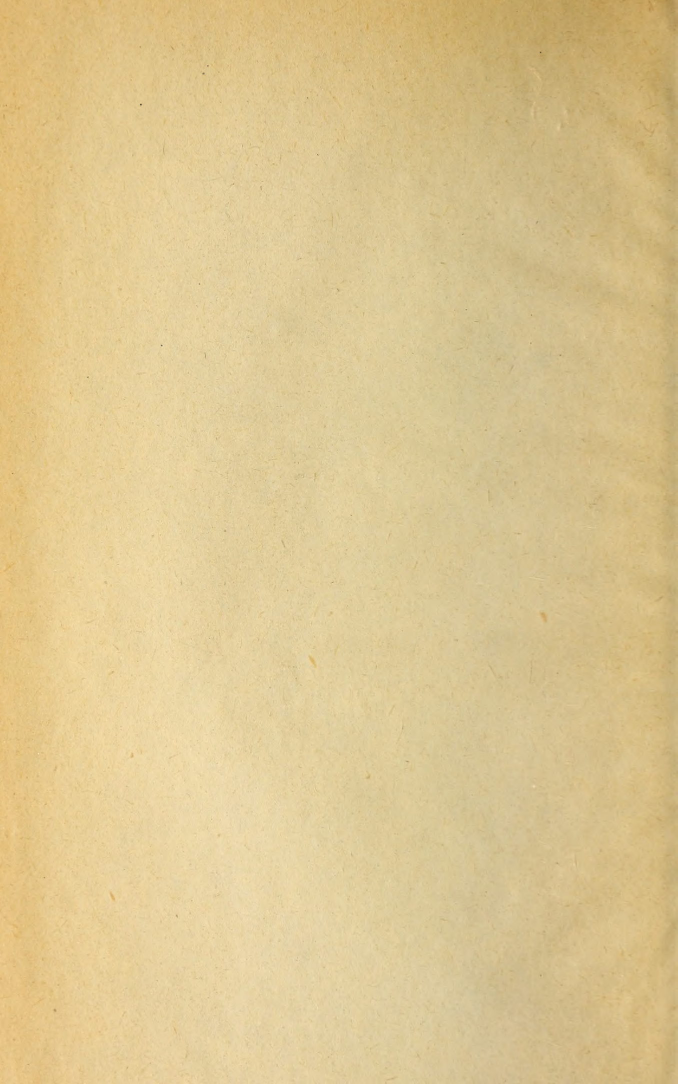

3 1761 09545844 4





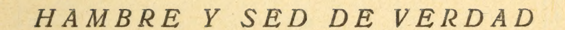












HAMBRE Y SED DE VERDAD

Eugenio d'Ors

El Nuevo Glosario

III

Julio · Agosto · Septiembre
MCMXX



Rafael Caro Raggio, editor
Mendizábal, 34, Madrid

EUGENIO D'ORS

Hambre y sed de verdad



Madrid
1922

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

MCMXX

JULIO · AGOSTO · SEPTIEMBRE

A la Señora

VICTORIA OCAMPO DE ESTRADA

por su genio auténtico

por su áspera belleza

y por su manera de recitar los romances de

EL VIENTO EN CASTILLA

HAMBRE Y SED DE VERDAD

Soliloquio de un modelo de Academia.

INMÓVIL y desnudo, aquí está mi cuerpo en la tarima, ante cincuenta caballetes. Tras de cada caballete, unos ojos y una mano de artista atienden, ávidos, a mi retrato o interpretación. La anterior semana, en la Academia rival, fueron otros cincuenta caballetes, otros cincuenta artistas. Desde mañana, en la soledad de su estudio, un viejo maestro glorioso se esforzará, por un mes entero, en una nueva versión de mi anatomía, que acaso la haga inmortal.

A fuerza de verme tan copiado y de maneras

tan distintas, he llegado a extremo de no saber cómo soy. Difícil, en verdad, le es a cualquiera averiguarlo. Pero, en fin, conocen los otros hombres, exacta o aproximada, imagen fija de sí mismos, dada por los espejos, dada por la fotografía. Yo, no. Yo revisto, en un par de semanas, cien apariencias. Yo soy seco o mórbido, atlético u obeso, caricatural o sublime, burgués de Jordaens o profeta de Miguel Angel, en un mismo día, en una misma hora, bajo única luz. Puedo incluso, en las Academias de vanguardia, ser representado, ¡ay de mí!, por ciertas vagas esfumaturas, que me convierten en un espectro, o por paquetes de cilindros y cubos, que me dan cierta semejanza con el escaparate de un droguero bien surtido. Ayer, en el descanso, eché una ojeada furtiva sobre el dibujo que ejecutaba, muy cerca de mi tarima, y fija insistentemente la mirada en mí, un jovenzuelo rojo, dotado de unas enormes gafas de concha. Este joven me estaba figurando en forma de

guitarra incompleta, pero con dos series de cuerdas, unas horizontales, otras verticales, y un rótulo, además, en que se leía: *Colorado maduro...* No era mi cuerpo, no era mi grosera materialidad lo que copiaba el artista, según le oí declarar a un vecino suyo, todavía más joven; pero era, y esto me parece aún más espantoso, mi alma, mi pobre alma, mis notas esenciales, entre las cuales creo, desde este momento, figuran la música, la prolijidad, el coloreamiento y la madurez. Todo esto ha venido traidoramente a aumentar en mí las perplejidades amargas.

Sumido en ellas, en vano he intentado hallar mi norte en pensamientos de superación. En vano me he repetido, para consuelo, las sentencias filosóficas aprendidas en los ámbitos intelectuales que por mi profesión frecuento. Todas las he repasado: desde el dicho del viejo sofista Protágoras, sobre que el hombre es la medida

de las cosas, hasta aquel pascaliano: «Verdad más acá de los Pirineos, error más allá», que podría aplicarse a mi caso, observando que, lo que a diestras de la estufa es un bíceps, a zurdas es una chepa... Pero la preocupación de la objetividad me atosiga. ¿Chepa o bíceps? ¿Verdad o error? Es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. Es imposible que una cosa sea a la vez ella misma y otra diferente. El error es múltiple; la verdad, una. De las prolijas versiones de mi anatomía, una, una sola, merece el nombre de verdad. ¿Cuál, Dios mío? ¿La de la fealdad o la de la de belleza? ¿La del aire de melancolía o la del aire de estupidez? ¿La espectral o la volumétrica? ¿La burguesa, la profética, la de la guitarra, acaso?... ¡Amonestación del templo de Delfos, tú te has vuelto imperativo terrible para mí! Siento que mi deber es conocerme a mí mismo, saber *exactamente* cómo soy, antes que muera. Y aquel problema y éste propósito, eminentemente apo-

líneos, son los que leerían, de ser aquéllos más penetrantes, tras de mis ojos, los cien avizores, en ejercicio tras de los cincuenta caballetes, mientras mis dos manos agarran la pica y la planta de mi pie izquierdo alcanza a mi muslo derecho, copiando, en más pequeño —y yo sé por qué digo en más pequeño—, la actitud de no recuerdo qué Dionisios, en el Museo de Nápoles.

Desde hace algunos días, empero, debe de haber en mis ojos un poco más de energía y de luz, porque ya el propósito se ha vuelto plan. Si aquella dilucidación es mi deber señero y primero, ya sé ahora lo que debo intentar, para cumplirlo y realizarla. De mis jornales magros, y a pesar de la carestía extrema de la vida, he empezado a separar regularmente una parte. Ahorro lo que puedo, renunciando a la nueva sesión de *pose* que representaba para mí el figurar en las colas de los estancos y sa-

liendo cada vez de la cesta, gracias a un impulso enérgico de voluntad, después de dar solamente diez vueltas en las procelosas «*Walking Waves*». Hoy, cuarenta, mañana, ochenta; fórmanse así, de los pequeños arroyos, los grandes ríos. Dentro de algún tiempo, si place a Dios, los ahorrillos tan abnegadamente obtenidos alcanzarán a formar un pico respetable. Mientras esto sucede, yo iré realizando calladamente mi selección entre los artistas. Con paciencia y disimulo, en las sesiones de la Academia, y luego, en exposiciones y envíos, y luego, en la lectura de la crítica autorizada, me convertiré, de modelo impasible, en apasionado observador e investigador. Llegaré a conocer los defectos y virtudes de cada cual, no sólo en materia artística, sino más ampliamente en materia humana, valorando sus condiciones de seriedad, de honestidad, de sinceridad. Quien reuna a estas cualidades, por un lado, mayor número de medallas y recompensas por otro

lado (que no en vano yo soy, por modelo académico, respetuoso de las oficiales jerarquías), será mi escogido... Y en aquella hora remota, después de tan concienzuda preparación, daré el paso definitivo para solución de mi enigma, y término de mi tortura. Será en mi vida un momento lleno de solemnidad, tras de la apariencia de sencillez. Me llegaré al artista, llevando en cartera mi dinero. Me presentaré en su estudio, vestido de las fiestas, peinado correctísimamente, acabado de afeitar. —«Buenos días, le diré, fingiéndome un perfecto desconocido; buenos días, ilustre maestro. Venía para un encargo». —«Usted dirá», me contestará él, no conociéndome, o entrando en seguida en la tácita convención. —Venía a, pagando lo que sea, *encargarle mi retrato...*»

OLIVOS Y CIPRESES

Estos cipreses son antiguos, y ello les da nobleza; pero estos olivos son, a veces, *demasiado antiguos;* ello, entonces, les quita nobleza.

Tres siglos, ocho, veinticinco, ¡qué bien! —Pero si eres antidiluviano, siempre tendrás algo de mastodonte.

«Nosotros —decía el puntilloso vizcaíno en disputa con el navarro, cuya familia databa de tiempos de Ramiro el Monje—, nosotros, *no datamos...*» Mal hecho: hay que datar.

Hay que datar, porque si la imagen de un guerrero cristiano degollando a un infiel es de sugestión aristocrática, la de un antropoide matando un oso, casi no pasa de zoológica. Historia trae nobleza: geología, no.

Cuando los olivos son muy viejos, se retuercen demasiado, se hacen fantásticos y misteriosos. Creo fundadamente que entonces Minerva les deja de su mano. Y que entra a patronarles otro señor. Que es, precisamente, Satán.

Un olivo así, parece un árbol que, a trueque de vivir mucho, haya vendido su alma al diablo.

GAUTIER SOBRE EL GRECO

Muy interesante parece conocer la impresión ingenua que este pintor producía, en 1840, sobre un escritor tan bien dotado y lúcido para las cosas de arte. El *Voyage en Espagne*, del buen Théo, es, probablemente, por los escritores españoles del día, más aludido que repasado.

«En la gran sacristía —leemos en la descripción de la catedral de Burgos—, se hace notar un «Cristo en la cruz», de Domenico Theotocópuli, llamado «el Greco», pintor extravagante y singular, cuyos cuadros se tomarían por bocetos del Ticiano, si cierta afectación de formas

agudas y exageradas no le diese a conocer en seguida. Para dar a su pintura la apariencia de estar hecha con una gran valentía en el toque, lanza aquí, y más allá, pinceladas de una petulancia y de una brutalidad increíbles, resplandores delgados y acerados, que atraviesan las sombras como filos de sable. Todo esto no impide al Greco ser un gran pintor; las obras buenas de su segunda manera se parecen mucho a los cuadros románticos de Eugène Delacroix».

En el período de más o menos sincero fanatismo teotocupuliano que en torno nuestro se ha producido, tales juicios pueden sonar como blasfemias. Reconozcamos, no obstante, en primer lugar, que, según el texto revela, su autor es alguien que se encuentra *de vuelta*, y no *de ida*, respecto de la apreciación de la genialidad del Greco. Reconozcamos también que vienen de un conocedor de fino olfato, que aprecia rá-

pidamente, diagnostica bien y precisa sensaciones. Por último, no olvidamos han contribuído a la nueva gloria de aquel pintor razones de coincidencia de sensibilidad que, válidas ayer mismo, pudieron no serlo anteayer, y acaso no lo sean mañana.

ERMITA

En esta hora nocturna de rezos obscuros, la pequeña ermita poblada ha cobrado un aire ascético, que ya no me place.

Me gustaba de día, tan elegante en su moderación.

TAGORE

Una parte de las culpas sociales y literarias que ayer fueron entre nosotros atribuídas a Gustavo Adolfo Bécquer deben caer hoy sobre la cabeza de Rabindranath Tagore. Libros galeotos, los suyos, para ciertos desmayos mediocres de la espiritualidad.

He visto en escena *El cartero del Rey*. Al público no le gustó nada. El público estaba en lo justo; lo cual no quiere decir precisamente que el púbico tuviese razón.

En casos como el del estreno de *El cartero del Rey* hay que resignarse a cierta duplicidad en la expresión del juicio. —¿Qué le parece a

usted la obra?, pregúntanle a uno a la salida. —Mal. —Fulano, que la cree un disparate, acaba de decirme que usted, delante de él, la ha declarado excelente. —Es que ni él ni los que le acompaban *tenían derecho* a hablar así de ella. Si yo la juzgo mal es *de vuelta* de una posición de espíritu, en que pudo parecer bien.

Siempre de Tagore hay que opinar diferentemente, según el interlocutor.

Amparito, por ser lo que ella impíamente llama una *cursi*, gusta de Bécquer. Pero si Felisa cree de Bécquer que es *cursi*, es de *archicursi* que ella es...

(Suscito ahora al Bécquer de las *Rimas*. —El de los cuentos es otro cuento y parece solicitar de nosotros una revisión; posiblemente, una vindicación.)

Pero, estamos entre iniciados, entre juzgadores que se hallen *de vuelta*. Para ellos repetiré

sobre Rabindranath Tagore una fórmula parecida a la de Juan Moréas sobre Walt Withman.

Dijo el griego del americano: *"C'est de l'amoncéllement et du brouhaha."*

Digamos nosotros del indio: «Es todo él dispersión y tururú».

EL JURADO

LA SUSPENSION DEL TRIBUNAL POPULAR

TAMBIÉN yo he pedido un día —de estudiante— la suspensión del Jurado. Pero la razón era precisamente contraria a la que hoy se alega. En Barcelona acababa entonces de ser condenado a muerte el anarquista Rull, declarado culpable, *sin prueba suficiente*, por el Tribunal popular.

Razón contraria y mucho más grave. No sólo a la luz del principio de equidad generalísimo, que prefiere cien culpables impunes a un condenado inocente, sino a la del carácter específico de aquella institución.

Histórica como lógicamente, recordémoslo, la del Jurado es de origen individualista. Ha de

servir, según cuenta y designio de quienes lo adoptaron, para defensa, no de la sociedad, del hombre; diríamos, del hombre frente a la sociedad. Tómase para esto, «como intercesora», una pequeña, dentro de la general; una sociedad «de los pares» o semejantes del acusado. Capital en la materia, aquel precepto: «Sea cada cual juzgado por los suyos», culmina en el acervo de lo que la tradición inglesa enseñó a toda la Humanidad.

Bajo el horror de una injusticia y a la vez con la alarma de una tremenda desnaturalización, unos cuantos, en Barcelona, cierta tarde de gran viento, a los comienzos de 1908, sentimos turbada nuestra conciencia, y en el fondo de esa turbación hallamos el convencimiento de que debíamos intentar un esfuerzo para imponer la revisión del proceso Rull y una suspensión del Jurado, mientras no llegase una reforma en el régimen de su constitución y en su manera de funcionar.

UNA PROTESTA ABORTADA

ESTO acontecía en el comedor de la casa de Juan Maragall, en San Gervasio. Recuerdo que entonces el viento silbaba atrozmente en los jardines de suburbio. Caía de vez en cuando un aguacero corto. En aquella hora, ni veredicto ni sentencia estaban aún dictados. Pero su inminencia era conocida y su sentido precisado ya sin remisión, dada la excitación plebeya. Una doble asfixia nos oprimía el pecho, en aquel pesado anochecer, al pensar que a media noche un hombre iba a ser condenado a muerte en nuestra ciudad sin que hubiese producido de su participación ni una sola prueba decisiva.

Convivimos, antes de separarnos, en lo que convenía hacer. Maragall escribiría un artícu-

lo, publicando solemnemente nuestra común turbación. José Pijoan, otro. Yo, unas glosas. Otro amigo nuestro lo llevaría a un Congreso de juventudes republicanas, abierto a la sazón.

Pero el gran poeta vivía demasiado bien habido con ciertas dulzuras de la abstención; el inquieto arqueólogo, demasiado agitado por iniciativas impacientes y dispersas. El día siguiente al de nuestro convenio, decidió el primero no escribir el artículo, que acaso se transformó calladamente, dentro de su imaginación, en un poema, de que sólo llegaran a precisarse un par de versos; en cuanto al artículo de Pijoan, debió de quedar en la segunda cuartilla, porque, al andar en ella, su autor tuvo acaso que salir para los Pirineos, llamado por un telegrama, que le denunciaba la ocasión de adquirir una casulla en cierta ermita vieja. De lo convenido, salieron únicamente mis glosas (*).

(*) Véase la antología «*GLOSAS*». (Versión de Alfonso Maseras), p. 88.

Rull fué ejecutado. ¿Quién tendrá valor para recordar, al suscitar este fin y este nombre, que el mal engendra siempre el mal?...

Rull fué ejecutado. Y nuestra condenación del Jurado nadie la recogió entonces. Nadie más la censuró cuando éste acababa de cometer un acto monstruoso.

EL MAL IMPULSO

PERCATÉMONOS de ello para perfecta compresión de la gravedad del trance: «el impulso que hoy ha movido a la suspensión del Jurado no es el mismo, lleno de idealidad jurídica, que un día nos hizo pedir o desear esa suspensión a unos cuantos idealistas exaltados; es, al contrario, «el otro», el que en aquella coyuntura produjo el veredicto de culpabilidad y la consiguiente condena».

Es el impulso, no jurídico, sino biológico; hijo del instinto, no de la razón; no de una selección que siente más finamente el peso de una responsabilidad, sino de una presión plebeya, obscuramente agitada por el deseo de una defensa contra la propia cobardía.

Es el impulso malo, que la noche en que unos jueces lanzaron una vez más sobre la ciudad la sombra siniestra del patíbulo de Rull, movió las manos de una multitud para hacerla estallar en aplausos vergonzosos a lo largo de las Ramblas de Barcelona.

«Esto es feo», fué nuestra condenación suprema entonces... —Lo mismo que hoy.

MALLORCA

AFANES

No es calma todo lo que parece calma. Sale hoy, del pecho de Mallorca, un respirar lleno de afanes... Con tanta atención como amistad, me he inclinado, he percutido en aquél. Creo poder deducir, del secreto del ritmo obscuro, un aproximado diagnóstico.

En primer lugar, parece que se produce en Mallorca una disociación radical entre los elementos de la vida política y los de la vida de cultura. No hablo ya de las personas; esto, ciertamente, tendría poco de particular. Una separación así es lo corriente en España. Pudo Ca-

taluña, durante algún tiempo, aparecer como una privilegiada excepción. Pero ya ha contado Ramiro de Maeztu, aquí y en América, en qué circunstancias ha venido a desvanecerse cualquier ilusión sobre este punto.

No; no me refiero ahora a disociación de personas, sino de tendencias. ¿Hacia dónde quiere orientarse en este momento la cultura insular? Hacia Barcelona. ¿Hacia dónde la política insular? Hacia cualquier parte, menos Barcelona.

FIDELIDAD

En lo primero ponen mis amigos los escritores de Mallorca tan noble fidelidad, que incluso, alguna vez y en alguno, alcanza el candor. Los Juegos Florales, los trovadores *vells* y *nous* de Barcelona, los primores de la Filología codificada parecen indudablemente conser-

var más prestigio a las envistas del castillo de Bellver que a las del castillo de Montjuich. Tal vez hay en Mallorca librerías personales, compuestas por muy pocos libros mas que los de la «Editorial Catalana». Los rivales, en otro caso, son rivales próceres; la Biblia o Virgilio; no las novedades de Italia o del Norteamérica... Dase hoy con esto en el ambiente literario de la isla menos riqueza de corrientes tal vez que en otro tiempo, cuando llegó, directo y de primera mano, a los poetas mallorquines el influjo de la lírica boloñesa y el de algunos parnasianos de París.

Existe también mezclada aquí una cuestión cronológica, una cuestión de promociones a la vida de la cultura, a simétrica semejanza de lo que acontece en otras partes. Entre una generación relativamente eficaz, la de los venerables fundadores, y otra, la última, que aspira a serlo y que ya ha dado de esta eficacia alguna bien esperanzada garantía, se coloca una gene-

ración colectivamente casi estéril, uniteralmente influída, malamente influenciadora. Contra ella, invocando la tradición de los abuelos, reacciona hoy una juventud que aspira a encontrar en la catalanidad el vehículo de la universalidad.

DESCONFIANZA

ESTA situación de cultura, esta fidelidad mallorquina al metropolitanismo de Barcelona han intentado aprovecharla los directores del regionalismo catalán para provocar una situación política paralela. Tales esfuerzos no han sido solamente inútiles: han sido contraproducentes. He llamado fidelidad al sentimiento que une, en lo intelectual, la isla a Cataluña; no creo dejarme llevar de un gusto exagerado por la antítesis si llamo «desconfianza» al senti-

miento que, en lo político, ha venido a separarlas profundamente por efectos de aquellas poco afortunadas tentativas.

Mallorca «desconfía» de Cataluña. Instintivamente cree ver en ella un doble peligro para su personalidad característica y para su sociabilidad universal. Temería, con la catalanización, por un lado, la absorción; por otro, el aislamiento... Tocamos aquí una de las inevitables consecuencias de la profesión de una doctrina de nacionalismo.

LA FATALIDAD DEL NACIONALISMO

Queremos insistir sin fatiga en los conceptos fundamentales.

Un nacionalismo postula siempre, por principio, que una nación es una entidad «natural» y «permanente» —una «categoría», como dijo

Lutoslawski en Bolonia—, un «dios», como creyó Juliano el Apóstata, tantos siglos antes...

Así, la «naturalidad», o la «categoricidad», o la «divinidad» de una nación claman constantemente, cuando un estado de hecho las contradice. Claman por su independencia cuando su entidad se encuentra incluída en una entidad ajena; claman por su integridad cuando una parte de sí misma le ha sido separada.

Y todo nacionalismo militante impone dos inevitables tareas: la de la separación de aquello que está conjunto, la de la absorción de aquello que está disyunto.

Colocada frente al nacionalismo catalán, Mallorca recela de la segunda tarea para mañana; de la primera, para pasado mañana.

No quiere perderse a sí misma y perder luego su carta de ciudadanía en el mundo. Sería, efectivamente, un mal negocio que el diablo se le llevase a la vez el alma y las naranjas del jardín de las Hespérides.

LA SOLUCIÓN FEDERAL

¿PERO qué sucedería si Mallorca supiese que había «otra» política catalana —catalanista también, «más» lealmente catalanista que la otra— y emancipada de la superstición en la fatalidad de las naciones, no creyente en que las naciones sean entidades «naturales» y «permanentes», siempre clamantes por la independencia y por la unidad, forzadoras tiránicas a la doble tarea de separación y de absorción, sino entidades «voluntarias», creaciones «de espíritu», de «cultura», obra del «pacto», instituciones federales, en fin? ¿No había de encontrar aquí, en la isla, simpatía y adhesión una política de libertad que, en lugar de definir místicamente las naciones como «seres naturales», o como «categorías», o como «dioses» —como

un «Megazoon» cada una—, repitiese pura y simplemente, con lucidez crítica y mediterránea, la definición dada por Ernesto Renán en una tarde solemne del Colegio de Francia: «Nación es una agrupación de hombres que quieren vivir juntos»?

Mallorca hallaría, Mallorca hallará, sin duda, en la solución doctrinal federativa el secreto de una política nueva, llena de idealidad y rica en eficacia a la vez. Su desconfianza hacia Cataluña cesará en cuanto el sentido federal garantice doblemente su propio instinto regionalista y su emancipada espiritualidad liberal. Entonces, política y cultura podrán avanzar juntas, por el mismo camino. Y a los amorosos y a los atentos, auscultación y percusión nos revelarán, tras el pecho de oro de Mallorca, una respiración normal, índice de serenidad y de salud.

CALVARIO DE AMOR Y DE NOSTALGIAS

Este hombre por dos veces visitaba, con veinte años de diferencia.

El «Calvario» de un pueblo pequeñito, del reino de Valencia.

Hunde su mano en la negrura de un ciprés. Ayer, era la de una axila.

Hunde el mirar en el misterio de la noche. Ayer, era el de una pupila.

Han herido su mano unos abrojos. Ayer, en un broche se hería.

Han sellado sus labios del mármol de una frente. Ayer, el fuego de una encía.

* * *

¡Oh vida! ¡Qué riqueza! ¡Cuántos zumos ha exprimido este hombre y gustado!
Este del cáliz de hoy no es menos dulce que ayer fué el de la copa del pecado.

Serenamente, sosegadamente, consagra su alma pía
Estas dos libaciones paralelas a la Sabiduría.

LA PRIMERA PIEDRA

La primera piedra que hemos enterrado no se estará quieta. Invisiblemente golpeará la cerrada superficie, como la vida del niño que quiere nacer.

Bajo el suelo de España hay muchas primeras piedras olvidadas. Este es un gran pecado.

El mundo de las Significaciones está siempre hambriento del mundo de las Formas. Privar de Forma largo tiempo a una Significación que estuvo a punto de conseguirla, es como negar a una vida nueva la luz.

No seamos impacientes. Pero si lo hemos sido, no nos cansemos de nuestra impaciencia.

(Esta página de hoy sea un recuerdo para el monumento de Barcelona a Pi y Margall.)

EL CAMINANTE

Sea siempre el verdadero bastón del caminante trabajado por el mismo. Decorado por el mismo, si no tallado.

Sin esto, no le será fiel amigo, y se perderá.

* * *

Hay un momento, más o menos rápido, en que el caminante dice:

«Vamos, bastón...»

Parece dispuesto, caso de que el bastón resistiese, a cambiar de propósito.

Pero el bastón —el bastón tallado o decorado por mano del caminante— es tan dócil como fiel, y no se resiste nunca.

* * *

En recompensa a sus fraternales bondades, el buen caminante, al llegar bajo techado y reposarse, no lo abandona en un rincón, sino que lo mantiene entre sus piernas.

Y a veces, amorosamente, lo inclina y le da su muslo por almohada.

* * *

Ni tan bajo que la fatiga no se consuele en él, ni tan alto que suscite imágenes de alpinismo.

Como a tantas otras cosas, conviene al bastón del caminante la medida dada por Shakespeare para la elevación de la esposa: «A la altura del corazón.»

... Tal vez un poco menos.

* * *

Porque un Caminante es algo muy distinto de un Alpinista.

* * *

Un Alpinista es a un Caminante, lo que un banquete a una comida.

* * *

El Alpinista toma a las montañas alternativamente por espectáculo—y por público.

El Caminante no toma a las montañas por espectáculo ni por público. Las toma por confidentes.

* * *

Para el caminante sensible, perderse es siempre espantoso.

¿Por la perspectiva de dormir al raso o el peligro de encuentros desagradables? No, no.

Se trata de algo más extraño y más hondo.

Mientras el Caminante no abandona el camino, siente como si le acompañasen y misteriosamente le protegiesen los inventores del camino, los que le abrieron, los que le mantienen transitable, cuidando de él o siquiera pa-

sando por él. Se siente así con una inconsciente seguridad, dentro de la Cultura, dentro del Espíritu.

Pero al extraviarse es cuando súbitamente se encuentra, de verdad, *solo* con la Naturaleza. Y, atrozmente, se sobrecoge.

¿Comprendéis...? Yo, comprendo.

* * *

La hospitalidad me emociona como a un primitivo. Cierta turbación ancestral obscura, cuando voy a dormirme bajo el techo de un amigo, muéveme a un involuntario pensar:

—Ahora, aprovechando tu sueño, podría venir el amo de esta casa, y matarte.

Al despertar, la gratitud de que no lo haya hecho me llena el corazón de aguas musicalmente gozosas.

* * *

Un tiempo, en tierras de Palamós, aprendí a

andar descalzo. Primero, por la arena de las playas; luego, dentro de la habitación; más tarde, por caminos y carreteras; al fin, sobre los mismos guijarros hostiles.

Al regreso de mi primera excursión descalzo por carretera, comprendí por primera vez el sentido profundo y la emoción magna de aquel antiguo acto de piedad: lavar los pies al peregrino.

Dulce mano familiar trajo la llena jofaina y el blanco lienzo. Inspiración súbita vino interiormente a decirme que en esta ocasión convenía no moverse nada, dejar hacer. Y fué la mano dulce la que paseó el agua sobre la encendida fatiga y la degradación polvorienta. Y la que ungió luego lo ya consolado, de bálsamos y perfumes.

Y yo únicamente acariciaba los cabellos de la cabeza inclinada por la piedad. Los acariciaba, con la mano derecha, bendecidora, de un patriarca ciego.

* * *

En Mallorca, cuando el campesino vuelve a casa fatigado tras la jornada de labor, es muchas veces la vieja madre quien le espera con el barreño lleno de agua caliente y la toalla más suave de que dispone, para lavarle los pies.

Se arrodilla la madre —María y Magdalena a la vez—; tiende el hijo los doloridos miembros, uno tras otro; y, mientrastanto, se le cierran los ojos y, dando cabezadas, engulle la sopa, de anchas migas de pan, desde la escudilla, que reposa en los muslos hasta la boca, musicalmente sorbedora.

¡Qué grupo para un escultor en madera!

* * *

Y el necesitar, y el pedir y el recibir y el escanciar, y el beber, y el repetir, y el agradecer el agua fresca en los caminos... ¡qué bien!

* * *

Señor, que los caminos del alma hasta ti no sean peores que los de mis pies sobre el mundo.

Deja que me talle el bastón yo mismo, Señor.

LA ESPAÑA DE GAUTIER, DEFENSA DEL BUEN THÉO

Lo que Gautier dijo de España puede no ser siempre rigurosamente exacto. Pero tampoco tiene nada de justo lo que en España suele decirse de Gautier.

Al fin y al cabo, como estar, Gautier estuvo en España, y anduvo por ella. Pero, ¿cuántos de los que en España ironizan sobre «la España de Gautier» han leído, efectivamente, su *Voyage en Espagne?*

Obsérvese, en primer lugar, que el propósito del viajero no era en esta ocasión propósito de geografía, sino de humor, sencillamente. El mismo parece no dejar perder ocasión de ha-

cerlo constar. No le importa, a cambio de no dejar dudas sobre ese extremo, acusarse a sí mismo retrospectivamente de embustero y fantástico. Así nos dice, al final de su segundo capítulo, con cuántas aprensiones salvó la línea de demarcación, entrando en un país que, probablemente, le va a despojar de una parte del tesoro de sus propios sueños. «Entonces me acordaré —añade— de lo que el bueno, el ingenioso Henri Heine me decía en el concierto de Listz, con su acento alemán, lleno de *humour* y de malicia: «¿Cómo va usted a arreglárselas para hablar de España, *cuando ya haya ido?*»

Este franco recabar de una pura libertad de juego para su relato, es usado por Gautier en seguida, como con prisa de apoderarse del derecho a la exageración y a lo que se ha llamado «andaluzada» o «gasconada». Y esto no en materia de anécdotas personales o de narraciones de costumbres, o sobre detalles de país

adentro, en que pudiera acordarse el escritor de lo cómodo que resulta el «mentir por las estrellas» —sino en datos de topografía fronteriza, por ejemplo, de fácil rectificación para cualquier primario en Francia—. Así, en la isla de Faisanes, según el buen Théo, sería hoy harto difícil celebrar cualquier acontecimiento, porque «esta isla no es más grande que un lenguado frito, de talla media».

Otra nota todavía, que importa no desconocer. Lejos de traer a España un prejuicio de colorismo caprichoso, que le importe confirmar —cuéstele ello a la verdad los sacrificios que le cueste—, Gautier incurre a veces en voluntarias atenuaciones de color local, poco explicables, si le dominara un afán de truculencia y no un puro deseo de amenidad. Así parece evidente que el autor exagera —exagera en sentido contrario al que la leyenda le atribuye— cuando nos dice que en Castilla

han desaparecido casi por completo los trajes populares característicos, y que las gentes se visten «como se vestirían en París». Aquellos trajes populares característicos, todos hemos podido verlos aún en Castilla. ¿Cómo Gautier no los vió o no quiso verlos? Porque improvisaba; y al llegar al punto de tratar de esta cuestión, más convenía a su propio designio de humorista la sorpresa del lector engolosinado, que la descripción más picante posible.

Añádase que no hay, ni remotamente, en Gautier, la íntima actitud de desprecio por lo español, tan corriente en el nacionalismo de Francia, sobre todo del nacionalismo inconsciente y sordo, de que no escapan siquiera narradores que pretenden trabajar documentariamente. Describe, en cierta ocasión, nuestro viajero gentil, una aldea de trogloditas. Pero precisamente esta aldea no se halla situada en Es-

paña, *sino en Francia;* entre Vendôme y Chateau-Regnault, «que se pronuncia *Chtrnó*, en la lengua de los postillones...» La chimenea de las casas de estos trogloditas, largo tubo en forma de martillo, alcanzaba a flor de tierra, de manera que las humaradas salían del mismo suelo en espirales azuladas y sin causa visible, como una sulfatara o de un terreno volcánico. «Le es muy fácil al paseante guasón, escribe nuestro viajero, echar piedras en las tortillas de estas poblaciones crípticas, y a menudo conejos distraídos o míopes deben de caer vivos en las marmitas». «Este linaje de construcciones, sigue diciendo, ahorra el trabajo de bajar a la bodega para sacar el vino».

Basta con esta cita para que comprendamos que, al lado de «la España de Gautier» hay una «Francia de Gautier» o mejor dicho, un «mundo de Gautier», —el «cosmos» que cualquier escritor de personalidad acusada crea a imagen y semejanza del propio espíritu.

¡Qué riqueza, al lado de estas cómicas deformaciones, qué riqueza de detalles exactos, de imágenes precisas, de definiciones justas! Cuando la amenidad puede aliarse fácilmente con la fidelidad, ¡qué poder de evocación auténtica! Desde la admirable definición del garbanzo, dada a la orilla misma del Bidasoa: «*C'est une sorte de pois, qui voudrait être haricot et qui y reussit trop bien*», hasta la nota casi epilogal sobre el «silencio» del claustro de la catedral de Barcelona, ¡qué formidable galería de cuadros de género, de sugestivas manchas de color, de caricaturas finas! Los Goyas alternan aquí con los Valerianos Bécquer. El pintor, perdido precisamente por exceso de cualidades, que había en Téophile Gautier, encuentra aquí adecuado empleo, como en parte alguna de su obra, si no es en algún poema corto y exquisito. Probablemente, desde Pausanías, ningún narrador de viajes había existido tan directa y

graciosamente documentado, en la historia universal de la literatura. Tan documentado en la obra, precisamente por lo divertido en la aventura. Cuando de esto se desciende, por ejemplo, al *pathos* turbio y efectista de Pierre Loti, tiene uno la misma sensación que cuando desde un buen jardín pasa a un mal acuarium.

Los farsantes eran otros. No Gautier, sino sus maestros románticos, inventaron «la España de pandereta». La leyenda cuando se escribió el *Voyage en Espagne*, estaba fabricada ya. Víctor Hugo, Merimée, Alfred de Musset, habían elaborado, con menos gracia sin duda, el mito. Cuando Théo entra en España, lo que experimenta, en el fondo, es el desasosiego por tener que abandonar aquélla.

Víctor Hugo, sobre todo, no tiene perdón. Este elocuente escenógrafo ha mentido como nadie, y más pesadamente que nadie. La España de Hugo era un carnaval gótico y morisco,

soñado por un colegial poco instruído y contado por un charlatán. Gautier supo apartar esto con el pie y mirar con sus ojos lúcidos y despiertos y ver por primera vez muchas cosas.

«De Alicante, observa una vez, me había formado, según un verso de las *Orientales*, de Víctor Hugo, un dibujo en la cabeza, un dibujo excesivamente en forma de encaje:

«*Alicante aux rochers mêle les minarets*».

Pero Alicante, hoy por lo menos, tendría mucho trabajo en operar esa mezcla, que reconozco que es infinitamente apetecible y pintoresca, dado, por de pronto, que esta ciudad no tiene minarete, y además que el solo campanario que posee no es mas que una torre baja y poco visible...»

Repitamos, en fin, ante «la España de Gautier», aquella fórmula de Stendhal en Roma, o nuestra un día, ante el cuerpo magnífico de Teresa —repitámosla en definitiva defensa, en supremo elogio: *Voici de détails exacts.*

LO DE ITALIA

CONVIENE ABREVIAR

La primera vez que Liebncht fué detenido durante la guerra, profetizó sobre la revolución futura. Las gentes —dijo—, con el recuerdo de la Revolución francesa en la imaginación, esperan una repetición de la misma. Esperan una ópera en tres actos, doblada de *ballet*, con grandes incendios, lanzando rojos resplandores sobre el telón de fondo que figura París. Y no se trata de eso. La revolución futura, la revolución próxima, la revolución en que ya nos encontramos, se traducirá, se traduce simplemente «en un largo malestar».

¡Si la Humanidad pudiese prescindir de él! ¡Si mañana el historiador tuviese derecho, como Goethe, entre el primer libro y el segundo del «Wilhelm Meister», a saltar un período de negra angustia y de preparación turbulenta, para no presentar ante los ojos sino claros resultados cumplidos!

Es corriente desear que los grandes cambios sociales se produzcan por evolución, lentamente. Esto puede ser propio de los bien hallados, partidarios del «Tras de mí, el diluvio»... Pero un honesto y desinteresado espíritu, de estirpe clásica, no deseará esto. Un honesto y desinteresado espíritu, de estirpe clásica, preferirá al menos valioso de los resultados a la más apasionante de las preparaciones.

Por estética, si no por ética, por amor a la cultura, si no por amor a la justicia, «conviene abreviar».

ITALIA

Esto parece que está hoy haciendo Italia. Italia hace bien.

Hay que decirlo: no esperábamos menos de ella. Recuerdo haberlo manifestado así, ya en 1917, al representante de un periódico argentino con quien tuve el gusto de conversar con algún detenimiento sobre temas personales y de actualidad. Como me preguntase qué me parecía de Rusia, hube de contestarle que lo de Rusia era enorme, pero que lo mejor acontecería luego en Italia.

Sí, lo de Rusia ha sido enorme... En este calificativo se encuentran a la vez su elogio y su condenación. Enorme, como casi todo lo ruso. Shakespeare es muy grande, pero Dostoyewski no es más que enorme.

Si lo de Italia resulta, por hoy, menos importante que lo de Rusia, contendrá, probablemente, más salud definitiva. La versión italiana del «largo malestar» parece desarrollarse con cierta alegría sana, hija, entre otras cosas, de la misma rapidez.

Esta revolución de Italia se parece a «la Revolución» como la fiebre de una vacuna se parece a la enfermedad de que preserva.

GIOLITTI

Esta revolución no es, pues, un conflicto, sino una tarea. Todo el mundo sabe que Giolitti la preside.

Creo que la significación adquirida por esta figura durante la guerra y su situación en la política internacional italiana han sido esen-

ciales, no accidentales, a su misión de hoy en la política social. Para mí, en ninguna parte el hombre de la revolución podrá ser el hombre de la guerra. Hay aquí que romper una continuidad.

Mientras Giolitti preside en Italia la doble tarea, Millerand, al ser elegido presidente de la República de Francia, «entrega al alcalde de París una cantidad para los pobres...» Difícilmente podría explicar cuánto me ha escandalizado ese gesto anacrónico, en su vulgaridad obscena y en su simbólica incongruencia en alguien que al fin y al cabo se ha llamado tanto tiempo socialista... De pronto, sorprende. Luego desaparece la sorpresa cuando se piensa que Millerand ha sido en Francia un político de la guerra. Un político de la guerra puede ser un hombre para la limosna, no para la justicia social y sus tareas.

Es curioso observar que si lo de Italia viene a juntarse con lo de Rusia en una obra de hi-

giénica abreviación, de alivio del malestar a beneficio del resultado, «lo de Francia» se une a «lo de los Estados Unidos», en un sentido contrario, de resistencia y de regresión.

EN TODO EL MUNDO

...PERO Francia, y los Estados Unidos, y todos los países del mundo tendrán, más pronto o más tarde, su Giolitti, su hombre de la hora, limpio de responsabilidad en las abominaciones de la hora anterior.

Tendrán su Giolitti o su Lenin. Hay que escoger.

Puede optarse por tener sucesivamente un Giolitti y un Lenin... Pero esto ha de ser aprisa, aprisa.

¡Para bien de todos, aprisa!

FARINELLI

ANECDOTA

HABÍA nacido Farinelli en las riberas de los lagos ticinos. A los veinte años, como su familia se obstinase en hacer de él un ingeniero, abandonó la casa. Llegado a Marsella, tuvo en su puerto un minuto de perplejidad, preguntándose adónde iría. Resolvió la cuestión muy sencillamente: iría adonde el primer barco que partiera. El primer barco que partió llevóle a Barcelona.

Después de vivir aquí algún tiempo en pobreza alegre y aventura, cayó el descuidado viajero enfermo de viruelas. Le libró del hospital la generosidad de un caballero barcelonés,

padre de un su amigacho, acogiéndole a cama y casa, y vela y caldo de pollo, como a un hijo más. Mientras tanto el padre de Farinelli, que nada sabía de esto, escribía carta tras carta, advirtiendo siempre: «Mucho cuidado con los españoles. Los más honestos, unos bandidos...» Por expresa voluntad del enfermo, el longánimo protector abría las cartas. Abría las cartas, leía el contenido, se guardaba la colectiva afrenta. Cuando el mozo fué sanado y fortalecido, el español dirigió al italiano una primera misiva: «He albergado a su hijo, le decía, en trance de enfermedad contagiosa. Con los míos le tuve y como mío le cuidé». Y agregaba, en una magnífica venganza de su patriotismo pinchado: «He aquí cómo procedemos los españoles».

No hay en esta historia, que tanto honra a un hombre, deshonor para nadie. Incluso en el que aparece en ella como injusto, tiene la injusticia en el fervor del celo paterno, noble ex-

cusa. Si cuento aquello, es para añadir que en ella encontró anecdótico origen la pasión loca por España, que ha animado, durante toda su vida, los estudios, la obra y la sentimentalidad de Arturo Farinelli... Treinta años después, en una tarde de agosto, un estudiante español leía plácidamente un libro español, entre las frondas de un jardín público de Munich. De pronto, vió avanzar hacia él, casi abalanzarse sobre él, con los brazos abiertos, una larga figura desconocida, a lo Don Quijote, pero coronada de un amplio chambergo, que le preguntó si era efectivamente español, y a los cinco minutos le tuteaba. Don Quijote era Arturo Farinelli; el estudiante, yo.

EL HISPANÓFILO Y EL "WELTBÜRGER"

No explica solamente aquella anédocta el nacimiento espiritual de un hispanófilo. Acaso podría explicarse por ella, en lo obscuro, la vocación del cosmopolita febril, del vibrante y tantas veces dolorido *Weltbürger.* Quien aprendió de mozo, en lección tan dura y tan bella, la inanidad ruin de los prejuicios hostiles sobre diferencias de raza o nación, es el mismo que, llegado a la madurez de su vida, después de ocho años de enseñanza en la Universidad de Innsbruck, inaugura su nueva docencia en la facultad de Letras de Turín, con la magnífica prolusión sobre «La humanidad de Herder y el concepto de «raza» en la historia del espíritu», oración de combate (como había de serlo en seguida el curso sobre el «Nathan el Sabio») contra la teoría de las razas y las

pretensiones de superioridad entre ellas; acto de apostolado por la «Humanidad», única, indiscernible, indivisible. Es también, transcurridos otros ochos años, el mismo que lanzara, con la calificación de «atroz demencia», la condenación de un europeo auténtico contra la guerra civil estúpida que por tantos años ha ensangrentado nuestra patria (digo «nuestra patria», la de los europeos)... Y el mismo que apenas la paz concertada lanzara sobre el mundo, aun tempestuoso, como un arco de siete colores, el prospecto de sus *Letterature moderne*.

En horas difíciles, ante la pedrada del estudiante austriaco o ante el insulto del compatriota patriotero, Farinelli ha debido de acordarse de las palabras que a su padre escribiera un día el hidalgo barcelonés; y, firme en la abierta doctrina y renovado en la generosidad múltiple, decirse a sí mismo con orgullo: «He aquí cómo procedemos los italianos».

TAREA

De abierta doctrina, de generosidad múltiple son hijas igualmente sus grandes obras de erudición, estudie el mito de Don Juan o el del Sueño de la Vida, el Dante o Hebbel.

Lo son sus cien estudios y recensiones sobre todas las literaturas de Europa y, principalmente, sobre las relaciones entre ellas, sobre cuanto en ellas es comunicación y unidad.

Y, más que nada, los cursos. ¡Durante un cuarto de siglo los cursos de Arturo han significado una victoria bianual sobre cualquier forma de nacionalismo estrecho!

Cada uno de estos cursos fué una obra. El maestro, según subraya Ferdinando Pasini, su discípulo en la época de docencia tirolesa, jamás se dejó tentar por la solución cómoda de

repetir un año el tema del anterior... Era, además, cada uno de estos cursos, una orgía de ciencia y de caliente efusión cordial.

«A nosotros, dice Pasini, venidos de escuelas en que triunfaba el método filológico, nos parecía respirar una atmósfera más libre y más luminosa cuando entraba a narrarnos las crisis del genio; reconocíamos en su palabra conmovida la continuación de la sana y fecunda crítica de De Sanctis, que hacía revivir y palpitar un mundo de ideas y de afectos en torno de una personalidad de alto relieve, destinada a ser su intérprete o precursora.»

Aun iba más lejos. Tras de la obra, el creador. Tras del creador, el Espíritu... La obra de crítica, para Arturo Farinelli, no ha sido solamente análisis y evocación: ha sido también pensamiento y filosofía.

Esta admirable labor de enseñanza se ha

realizado por el maestro casi indistintamente en italiano o en alemán, en francés o en español.

HOMENAJE

Españoles y franceses, italianos y alemanes y, luego, ingleses y americanos y estudiosos de otros países, hemos querido hoy premiar la universalidad de este espíritu con la universalidad de un homenaje.

Bajo el título «La obra de un maestro» se han reunido quince lecciones inéditas, extraídas de entre los cincuenta cursos profesados. ¡Que esta manifestación sencilla de nuestra gratitud alcance a compensarle de otras ingratitudes y amarguras!

En la lista de ofertores, los españoles siguen en número a los italianos. Figuran entre los

nuestros Menéndez Pidal, Américo Castro, Cotarelo, Altamira, Nicolau d'Olwer. Santander sólo da hasta seis nombres más. Barcelona, otros tantos... Por esta vez, parecemos absolver, por compensación, la culpa de la indiferencia con que libros como *La vida es sueño* fueron recibidos entre nosotros.

BAJA UNA ESTRELLA

Ellas, las que se quedaban, se asomaron al alto balcón, para ver aún àl que partía, en la profunda obscuridad de la noche.

Y el que partía las vió y dijo desde la tiniebla de la calle:

—Para el largo camino, olvidé, arriba, de tomar un cigarro.

Ellas no le veían y apenas le oían. Inclinaron la cabeza. Tendieron entre los bucles y la oreja la mano, húmeda de relente. Preguntaron: «¿Qué?...»

El, primero: «Chisss...» Porque la voz de ellas

había sonado demasiado fuerte. Luego, repitió el lamento y añadió: «Tal vez podriáis arrojarme uno...»

Desaparecieron ellas. Por mucho rato, no hubo en la noche ni luz ni voz.

Pero luego: «¿Estáis aún ahí?» Sonaban las palabras distintamente, pero ya sordas, como convenía.

El: «Sí». Ellas: «Ahí va».

Bajaba lentamente el cigarro, amarrado a un hilo, para mayor seguridad.

Pero él: «No tengo ya fósforos. ¿Podría llegarme ya encendido?»

Otro silencio. El hilo invisible fué recogiéndose. Luego se agitó en el balcón la llama de la bujía. En seguida, el viento la apagó.

Y descendía muy despacio, en la profunda obscuridad nocturna, un punto encendido.

El, dijo: «Parece una estrella que cae».

Ellas: «¿Ya?» —El: «¡Ya!»

La estrella fué acogida y recogida.

Otro silencio grande.

De lo alto: «Buenas noches».

De abajo: «Buenas noches».

O, tal vez, la palabra de despedida fué dicha, primero, en la calle; luego, en el balcón...

ELOGIO DE LA LOCURA

El de Erasmo era un elogio irónico. El de Kahlil Gibran es un elogio compungido. Prefiero el de Erasmo.

En Rotterdam, el monumento a Erasmo se encuentra en el centro de un mercado de víveres, el llamado *Groote Markt...* La sombra del humanista alcanza a los cestos de zanahorias y de guisantes. Al llegar, esto le sorprende un poco a uno. Pero luego piensa: ¿Por qué no? —«Entre pucheros anda Dios, hija» —repitió Santa Teresa—. ¿Por qué no, el Espíritu, entre guisantes y zanahorias?

La estatua de Erasmo en Rotterdam fué ya erigida a los comienzos del siglo XVII. Tal vez

por eso está tan bien. Si hoy se dedicara un monumento a Kahlil Gibran y pretendiésemos imponerlo en un mercado de su país, entre cántaras de miel y cuévanos de dátiles, ¿qué pasaría? Que si antes los mercaderes no destrozaban a Kahlil Gibran —por ídolo—, Kahlil Gibran destrozaría cuévanos y cántaras —por loco.

Ser árabe y dibujar figuras como Kahlil Gibran hace, ya indica cierta tendencia antisocial... —Bien, pasemos por ello, pensando que se trata de alguien que dimite de árabe para ser más humano. Pero, ¿cómo podremos perdonar que éste, así que alcanza a ser más humano, dimita de humano, para dar en loco?

UN POEMA DE KAHLIL GIBRAN

Y, sin embargo, Kahlil Gibran ha escrito un admirable poema sobre Dios.

Cuenta este poema que, en los viejos días, cuando el primer temblor de lenguaje llegó a labios del poeta, ascendió a la montaña santa y habló a Dios, diciéndole: «Maestro, yo soy tu esclavo. Tu voluntad oculta es mi ley y te obedeceré en adelante siempre».

Pero que Dios no le respondió, y pasó como una tempestad.

Y después de mil años ascendió el poeta de nuevo a la montaña santa y habló de nuevo a Dios, diciéndole: «Creador, soy tu criatura. Me formaste de arcilla y a ti me debo todo».

Y, otra vez, Dios no le respondió, y pasó como un millar de alas veloces.

Y después de mil años más, subió el poeta a la montaña santa y habló a Dios de nuevo, diciéndole: «Padre, hijo tuyo soy. Por piedad y amor me diste nacimiento, y por amor y devoción heredaré tu reino».

Y Dios no le respondió, y pasó como la niebla, que vela las colinas distantes.

Hasta que al fin, después de mil años más, volvió a ascender el poeta a la sacra montaña, y de nuevo habló a Dios, diciéndole: «Dios mío, mi propósito y mi acatamiento; yo soy tu ayer y tú eres mi mañana. Yo soy tu raíz en la Tierra y tú eres mi flor en los cielos, y juntos crecemos ante la mirada del sol».

Y el poeta termina:

«Entonces inclinóse Dios hacia mí, y en mis oídos murmuró palabras de dulzura, y así como el océano envuelve al arroyo que corre hacia sus aguas, así él me envolvió a mí.

Y cuando bajé a los valles y a las llanuras, allí también estaba Dios.» (Trad. de *Brenes Meseu.*)

Si este encontrar la respuesta de Dios en lo total y en lo modesto y poco empinado no significa que Dios ande entre pucheros, ¿qué significa?

¿Panteísmo puro? —No, porque entonces no es posible, de ninguna manera, ver a Dios como niebla distante, y porque entonces —siendo todo lo racional, real— al colocarse en la actitud de lo racional no alejaría la respuesta de Dios.

Prefiero ver en el poema franciscanismo, y místico mester de juglaría.

Puede entonces llegarse, no lo niego, hasta el elogio de la locura, que San Francisco y sus primeros hermanitos elogiaron también. Pero...

COMPRENDER

PERO no tanto, que se diga como nuestro poeta, en otro poema suyo: «Y he encontrado libertad y salvación en mi locura; la libertad de la soledad y la salvación contra el ser comprendido, porque aquellos que nos comprenden esclavizan un algo en nosotros...»

¡Alto!... Aquí, árabe demasiado altivo, hombre del desierto, hombre sin imágenes, te sorprendo y te detengo. Tu locura no es buena, tu locura no es franciscana, porque rehusa de andar entre pucheros y los vuelca y quiebra, como volcaría y quebraría cuévanos y jarras en el mercado. Has hablado de valles y de llanuras, pero en ellos ni en ellas no sabes per-

manecer. A poco, te escapas a lo alto. A poco, vuelves a la soledad y a la esquivez. Y si temes ser comprendido, es porque ser comprendido significa, en el fondo, obligarse a andar con delicadeza entre pucheros, sin volcarlos ni quebrarlos.

¡Ser comprendido, ser comprendido! Tú huyes de serlo, pero aquí estaba el primer deber; o el segundo, si quieres, dado que hagamos del deber de comprender el primero entre todos. Comprender, ser comprendido: en otros términos, dialogar. Francisco todavía dialoga. Erasmo, más aún. La locura de ellos no es tu locura. Tú huyes a la soledad y a la incomprensión. ¡Malhechor contra la luz, te denuncio!

Todo lo que no se comprende, envenena. Todo aquel que no dialoga, se envenena. ¡Humanas, sociales, grandes figuras, estatuas amigas de los mercados! El dulce sentido de la sociabilidad constituye a la vez vuestra utilidad y vuestra nobleza.

Si el humanista se encuentra tan bien en el mercado, no es porque rueden por allí muchas hortalizas, sino porque suenan muchas voces.

TAGORE Y KAHLIL GIBRAN

Estoy mal dispuesto para el neoorientalismo. Tengo contra él prejuicios que no sólo confieso, sino que enarbolo.

Rabindranath Tagore y Kahlil Gibran parecen ser hoy las dos más altas figuras poéticas del Oriente. Nos traen sus secretos, sus hechizos, sus desmayos. Aquél, la confitura que adormece; éste, el licor que hace delirar. El uno nos exacerba la sensibilidad, el otro nos enajena la razón. Allí hay el peligro de la feminización; aquí, el de la locura.

Ayer, *El Nuevo Glosario* denunciaba a Tagore, poeta de dispersión y de tururú. Conviene que hoy haga lo mismo con Gibran. Este es más inteligente. Pero el ser inteligente le vale contra la inteligencia... —Luchemos con él. Hay que rendirle.

¡Que enseñe sus dibujos! En los dibujos le espero... —Augusto Rodin dijo sobre los poemas de este árabe: «Es el William Blake del siglo xx...» —Pero de los dibujos, ¿qué dijo?

Por otra parte, lo que hubiese dicho Rodin tampoco me serviría. —Estas cosas quiero verlas yo.

CONVALESCENCIA

—¡Qué tristeza en la frente, querido Octavio de Romeu, qué lejanía en el mirar!

—Estoy convaleciente de un viaje.

GOETHE
LAFORTE-RANDI
PAPINI

He leído la requisitoria que un escritor italiano, Andréa Laforte-Randi, escribió contra Goethe y el Fausto, en uno de los volúmenes de la serie *Nelle Letterature Stranière.*

He leído la requisitoria de Laforte-Randi, y me he acordado de Giovani Papini.

Una tarde de primavera de 1911, Papini estaba en un café de Florencia y hablaba muy mal de una porción de escritores vivos y muertos.

—¡Diablo, señor Papini —hube de decirle—; es usted, por lo visto, bastante duro!

El bajó los ojos modestamente y me replicó:

—¡Oh, hace cinco años, es cuando me hubiera debido conocer usted!

... Por lo visto, a Laforte-Randi le hemos conocido en el momento oportuno.

PAISAJE DE BILBAO

Visto desde la ventana baja y grande del estudio de Aurelio Arteta, que ya da el cuadro compuesto y con marco, cosa es Bilbao de dulce mirar. Cierta analogía sutil une en consanguinidad, dentro de la gran familia de los verdes, el tierno estuche del Campo Santo de Mallona con el del castillo de Heidelberg. San Nicolás, abajo, cierra con un gris pobre, un poco calvinista, las pompas, tal vez más vulgares (estamos en el mes de Septiembre y ha llovido de nuevo) del Paseo del Arenal. Pero, si más abajo hay fondos del Nervión que tienen un frío y obscuro color de aceituna, en el cielo, plata y reseda, se suceden, al paso de los meteoros

acuosos, todos los matices de una copa de olivo acariciada por el viento.

A veces, en este escenario perlado, se insinúa, tímido, un delgadísimo figurante vestido de naranja. Dos más, vienen a flanquearlo pronto, amarillo el uno, el otro añil. Y desde el campo del Volantín a los tejados del teatro Arriaga, se tienden, en alto, brillantes en su acuarela, los rieles luminosos del arco iris.

OTRO PAISAJE DE BILBAO

TODAVÍA, y obtenido por los mismos medios, que participan de la naturalidad y de la arbitrariedad, recuerdo otro paisaje finísimo de Bilbao. Tenía mi habitación, en Las Arenas, un holgado cierre de cristales, que daba sobre la embocadura de la ría, ya cerca del Abra. La ventana frontal de este cierre es de las llamadas

de guillotina, y la acompañaba un estor opaco, en su descenso vertical. Mandando colocar uno y otro a determinada altura, obtenía yo, tendido en el lecho matinal, que se eliminasen de mi perspectiva el cielo y el muelle de Portugalete. Todo el campo del cuadro quedada así ocupado por el agua de la ría, que parecía inverosímilmente elevada, como en estampa de japonés. Sobre este fondo, mejor dicho, *dentro* de este fondo, color de hoja de vid nueva y recamado de puntitos de oro por el sol estival, pasaban, blancos y silenciosos, ligeros balandros de regata o bien, silbando obscuramente y no mucho menos ligeros, largos navíos, camuflados en aquellos días por la guerra, con dameros irregulares que se hubieran dicho dibujados al lápiz-plomo.

DEBERES DEL PAISAJISTA Y DEL COSTUMBRISTA

El primer deber del paisajista es no formar parte del paisaje. El segundo deber del paisajista es querer al paisaje hasta tal punto y de tal manera, que decir que le quiere como a las niñas de sus ojos signifique ya un pleonasmo.

El natural de un país cumple fácilmente con la segunda condición. Difícilmente, con la primera. Necesita para ello haber salido fuera del país y tener trabajada el alma por tales fuerzas universales que le hayan vuelto, en cierto sentido, un extranjero en la propia patria. Los paisajes más íntima y musicalmente vascos los debemos seguramente a Darío de Regayos, que no era

vasco de nación y que había trabajado su alma y su retina en París y en Bélgica.

Tal vez lo que decimos del paisajista pueda decirse también del costumbrista. Lo sospechamos, leyendo un libro bilbainísimo dedicado al bilbainismo por un joven escritor de allí, muy pasado, no obstante, por Inglaterra. Alejandro de Sota, que ha publicado ahora, reunidas en un volumen singular, sus crónicas de sociedad, o mejor, crónicas de ciudad, con el título de «Divagaciones de un transeunte».

EL "TRANSEUNTE" MALLARME APOLLINAIRE

ESTAS crónicas están escritas en una lengua muy laxa que, a veces, más que escrita, parece conversada, y aun conversada con cierta volu-

bilidad, Pero como los extremos se tocan, he aquí unas líneas en que la licencia voluble del costumbrista ibaizabaliano podría confundirse con la rebusca castigada de un Stéphane Mallarmé:

«Así también lo debe de creer aquel joven mercantil, y en este instante bailarín que va marcando una polka mientras susurra en los oídos de su pareja, entre paso y paso, palabras de fuerza viva. Y es que este joven de Banco había de sentirse influenciado extrañamente, tanto como el otro chico que vende cargamentos de carbonato no siendo tiempo de elecciones, en cuanto la mecanógrafa pisase la oficina...»

Con un Mallarmé y con otras prosas más modernas, menos temerosas aún del vocablo técnico y mate. También en el raramente interesante (pero mucho, cuando alcanza a serlo) Guillaume Apollinaire hay páginas así. Y tal vez la raíz de la semejanza, esté en cierta timi-

dez filológica, común al polaco que escribía en francés y al vizcaíno que escribe en castellano.

Esta timidez, en los casos de ausencia de sensibilidad, suele convertirse en un casticismo muy pesado. Pero en los casos de sensibilidad rica y poco disciplinada (Apollinaire, Sota y también José M.ª Junoy, en Cataluña), da ocasión a maneras de escribir así —que también pueden observarse frecuentemente en los músicos, es decir, en espíritus obligados también a *traducir* lo que sienten.

APOLLINAIRE ENTRE ELLAS

HABÍA en el cuarto de Apollinaire en Passy una pintura muy inquietante del famoso aduanero Rousseau. En un campo ornado de flores, concreta y minuciosamente reproducidas, el

poeta aparecía sentado, an actitud bastante hierática, en medio del grupo profuso de sus novias, en actitudes que podrían recordarnos las de las amigas de la Gala Placidia en los mosaicos de Ravenna.

(¡Qué recuerdo el de esos mosaicos, casi íntegros y con sus oros tan brillantes, reflejados en las piscinas de las iglesias arruinadas que inundó, impasible, al agua del mar!... —Volvamos a Passy, de paso para Bilbao.)

No sólo algún aspecto y alguna cadencia de la prosa de Alejandro de Sota recuerda a Apollinaire, sino la manera presidencial y británicamente impertinente, de sentarse, mimado y homenajeado, entre las *novias* y, en general, entre las *chicas.* Algo muy poco, que a primera vista en el libro parece simplemente *provinciano,* es compensado y redimido aquí por lo mucho que «el transeunte» tiene —digamos la palabra paradójicamente redentora— de *pueblerino,* de pueblerino *de vuelta.* Porque hay

redención en volver a decir «mi pueblo», si el *pueblo* es Bilbao; como la hay, de vuelta de Inglaterra, de vuelta de la amante y de la gran amiga y de la pequeña amiga y del *béguin*, en volver a hablar, pueblerinamente, de *novias*, de *chicas*...

El secreto refinamiento de semejante actitud es muy hondo. Pocos lo entenderán, a través de este libro localista, de rara sintaxis y lleno de alusiones y abreviaturas para iniciados.

"¡BIRIBILKETA FOR EVER!"

Yo lo soy algo, mas por fuerza de simpatía que de información. La luz que se filtraba por la ventana de guillotina en mi habitación de Las Arenas era demasiado grata y me devolvía la emoción íntima de recogimiento estudioso, gustada en algunas ciudades del Norte

(Leyden, más que ninguna), en las cuales he trabajado mucho. Así mis horas bilbaínas fuéronlo de pluma ágil y estudio largo.

Pero aspiro a iniciarme del todo, y creo que la mano de «la niña de trenza y alpargatas» no rechazará la mía, para saltar juntos en un ciudadano *biribilketa.* Y yo también gritaré, como un «chimbo» britanizado más: «*¡Biribilketa for ever!*»

LA DESCONFIANZA Y EL MITO

«¿De dónde saca éste esas cosas? ¿Qué sabiduría es ésta que le es dada? ¿Y tales maravillas que por sus manos son hechas?»

«¿No es éste el artesano, hijo de María, hermano (primo o pariente) de Jacobo y de José, y de Judas y de Simeón? ¿No están también con nosotros sus hermanas?»

«Y se escandalizaban en él».

Realmente, hubo de parecerles imposible... En el mismo San Marcos, narrador, se adivina cierta indulgencia hacia el sentido de desconfianza popular. También fué indulgente Jesús, a pesar de extrañarse de aquella dura incredulidad. Ella no le impidió en absoluto de ejercicio

local de su poder de hacer milagros. Sólo que, como se lee en el versículo 5.° del capítulo IV, hizo allí «*pocos*».

Lo más curioso es que la misma desconfianza en la explicación fácil da habitualmente nacimiento a una explicación torcida y difícil. De la incredulidad nace el mito. Y es precisamente la falta de fe la que produce la superstición.

Este hombre a quien vemos todos los días, este artesanito a cuya familia tratamos con tanta confianza, *no puede* hacer milagros. Luego, un espíritu oculto los hará por él.

En un pleito literario reciente, la malicia habrá procedido con el mismo juego mental: Tal periodista notorio *no puede* ser el autor de tal novela. *Es necesario* que el verdadero autor haya sido un periodista provinciano, obscuro y ya muerto.

De otro escritor también alguien formó una leyenda. No era él quien redactaba sus trabajos. El, sólo firmaba. Quien escribía era, en

realidad y clandestinamente, un hermano suyo, fraile. Y como aquellos trabajos tenían cierto saborcillo heterodoxo...

También recuerdo que durante algún tiempo se dijo lo mismo de dos famosos hermanos, comediógrafos y saineteros. El chistoso era un tercer hermano, *que no figuraba.*

Todos recordamos lo de Rodin. ¡Qué usurpador de glorias y provechos, Rodin! ¡Y mientras tanto, el verdadero escultor genial, oculto y mártir, que no aspiró en su vida sino al honor inocente de ser condecorado!

Del músico Clavé, en vida, corrió igual voz. El se presentaba como autor de su música; pero el verdadero autor no era él. Era un miserable ciego que él tenía escondido en su casa. Escondido y —hay que completar el mito— secuestrado, maltratado por el perverso aparente músico.

Parece que Clavé se enfadó mucho al tener noticia de la maledicencia. Tras de las gruesas

gafas, los redondos ojos, tan miopes, despidieron centellas mal dirigidas.

—¡Es decir —clamaba—, que un ciego podría componer estas cosas, y yo, *porque todavía veo algo*, no he de poder componerlas!

Lo malo es que, de todas maneras, tales ruindades desalientan inevitablemente. No impiden hacer milagros en absoluto; pero producen el resultado que éstos se vuelvan *«pocos»*.

¡CUIDADO!

En una gran reunión celebrada recientemente en Basilea por los delegados de la Unión internacional de Sociedades por la Paz, M. Henri la Fontaine, vicepresidente del Senado, y M. Emile Arnand han dado la voz de alarma sobre algunos riesgos posibles en el pacto constitutivo de la llamada Sociedad de Naciones —inspirada en el espíritu que conocemos demasiado—. La hipocresía diplomática ha presentado aquel convenio como un instrumento de relativa garantía contra guerras futuras. En realidad, eso no sólo no constituye un *progreso* en este sentido, sino que puede significar un *retroceso* real

respecto situaciones ya conquistadas y de preceptos vigentes.

M. La Fontaine ha precisado las modificaciones que el convenio debería experimentar para alejar aquel peligro. Ha solicitado muy especialmente que la Asamblea general de delegados de la Sociedad de Naciones tuviese que reunirse automáticamente en fecha fija, una vez al año por lo menos. «Con emoción» —consigna un cronista— habló en Basilea el ilustre parlamentario belga de la posibilidad de que desaparezcan sin esta precaución algunas de las instituciones judiciales fundadas por la Conferencia de La Haya.

Por su parte, Lucien Le Foyer, ex diputado por París, ha denunciado que aquel pacto, con decidir, en su artículo 14, la preparación de un «proyecto de Tribunal permanente de Justicia internacial», parecía animado de un singular empeño de olvidar que semejante proyecto existe, elaborado desde 1907, y que un Tribu-

nal permanente de arbitraje ya funciona. «Se diría que los Gobiernos, dice M. Le Foyer, siempre discípulos de Maquiavelo, quieran tomar por pretexto de este *tribunal de justicia*, que *preparan* para abolir, sin plazo ni reserva, el Tribunal internacional de arbitraje y los arbitrajes ocasionales. Así, aquella creación, real o fingida, conduciría a una destrucción. Y el resultado de la «Victoria» —¿hay que asombrarse demasiado?— se cifraría en desaparición de las instituciones de justicia».

Tal vez los más indicados para llevar semejantes inquietudes al seno mismo de la Sociedad de Naciones serían los representantes de los pueblos pacíficos que han entrado en aquélla sin pagar tributo y sin rencor. Pero, en cuanto a España, no ha dejado oír en estos días, ni en su diplomacia, ni en su Parlamento, voces como la de M. La Fontaine, ni como la de M. Le Foyer.

¡CUIDADO, TAMBIÉN!

Pero esta segunda advertencia no es política. Es teórica.

Hay que guardarse de creer que la ideología que florece después de la guerra es una ideología nacida de la guerra.

«No nacen ideas de los puños», ha dicho sobre esto, con justeza, Antonio Machado.

Veo aquella confusión dominar algunos espíritus, y lo lamento.

No de la guerra, sino *contra* la guerra ha nacido la ideología de hoy.

EL PINTOR DESAPARECIDO

He leído *L'Art vivant*, de Andre Salmon, libro nutridamente antológico sobre el arte contemporáneo francés, libro muy lleno de nombres.

No está allí el de un joven pintor excelente que antaño hiciera mi retrato y de quién nada más he sabido.

Ahora me recuerdo de aquellos ojos que tanto miraron a los míos, durante un mes, en las sesiones de taller interminables. —¿Qué será hoy de aquellos ojos?

Me parece que, si aquellos ojos no hubiesen dejado de ver, aquella mano no hubiera dejado de producir. Y si aquella mano no hubiese de-

jado de producir, aquel nombre sonaría en alguna parte.

¡Nada!

Tal vez los ojos de mi pintor se han cerrado, para siempre, en algún campo de batalla sin gloria.

Cuando esto pienso, miro la grande y viva pintura que es mi retrato. Una sensación singular parece sugerirme que *él*, el del retrato, lo sabe todo. Y su silencio desdeñoso me irrita.

Dime, retrato: ¿Qué se ha hecho de tu padre? ¿Dónde está?

DE ROBERT DE NOLLA AL ANDALUZ REY

ALGÚN día he dicho las gracias catalanísimas del tratado de cocina de nuestro Robert de Nolla, *cóc del Rei de Nápols*. Hoy, ecuánime, cantaré la gloria de un andaluz, el gran maestro y cordón azul Julio Rey, quien, alcanzado ya honor insigne con la publicación de su clásica *Guide du Gourmet a Table*, dicta hoy, técnico e imperial, las reglas del bien comer y del bien servir a la fashion inglesa, dándole el nuevo código: *The Whole Art of Dining and Table Decorations*.

De Londres, vía Bilbao, me llega el libro, y mi viejo arbitrarismo salta de gozo en la torre de su observatorio vigilante, como deben de

hacerlo nuestros astrónomos, cuando, cada dos o tres meses, descubren una estrella nueva.

¡Noveleros ellos, novelero yo!— Rey, el cocinero, es más grave. Sabe los gaprichos de la moda, pero dicta los preceptos clásicos e inmarcesibles del buen gusto.

AGAPES ILUSTRES

Sin embargo, como también los cordones azules tienen su corazoncito, el sentido de lo maravilloso y la curiosidad vibrátil no se han extinguido completamente en el alma de nuestro britanizado andaluz. Los emplea, en un capítulo que forma como un intermedio del tratado, en darnos un índice de comidas extraordinarias celebradas recientemente por gentes

como es debido, de veinte mil libras de renta para arriba.

Así era el que unos cuantos amables americanos, partidarios de los exploradores Peary y Cook, celebraron en el Savoy Hotel. El comedor del mismo se vió transformado en un paisaje boreal. El centro de la mesa fué ocupado por gran cantidad de nieve artificial, y los camareros iban vestidos de esquimales.

También el presidente del Golf Club ofreció a algunos de sus amigos íntimos un banquete curioso. La mesa estaba dispuesta como un campo de «golf», con todos los detalles en miniatura y tapizada de verde musgo.

Una dama muy elegante de Chicago dió de comer un día a un amigo en la cuadra de los caballos.

El 16 de enero de 1914 el Royal Automobile Club de Londres, ofreció una comida a míster B. C. Hucks y M. Gustave Hamel, que habían realizado, volando, el *Looping the loop* y el

upside-down. El orden usual de las comidas fué invertido en ésta, que se realizó según el menú siguiente:

Fine champagne y licores variados.
Café.—Pegoud.
Postre.—Canapés a la Chanteloup.
Entrémés.—Soufflé Hucks.
Legumbre.—Espárragos ranversés, salsa Gnome.
Ensalada.—Blériot.
Asado.—Becasinas Hamel.
Entrante.—Vol-au-vent a la Heudon.
Plato fuerte.—Barón de Pauillac a la Aviación.
Pescado.—Looping Lobsters a la Aerodromo de Londres.
Consomé.—Essence de Volaille Graheme-White.
Hors-d'œuvre.—Caviar a la Morane.

... Unos meses después —Rey no lo dice, pero lo digo yo—, también se dieron comidas con menú muy interesante, igualmente invertido.

Café sin azúcar.
Rèmolachas podridas.

Había estallado la guerra y convenía limitarse un poco.

La lástima es que los que gustaron este menú de trinchera y los que habían gustado del menú del Real Automóvil Club *no eran generalmente los mismos.*

BANQUETES DIPLOMÁTICOS

En 1917, los menús se volvieron a complicar. Empezó la era de los banquetes diplomáticos, que todavía dura.

Rey dedica alguna atención a estos banquetes, de uno de los cuales reproduce la mesa, sin mantel, es claro. El fondo de una amplia cortina blanca, parece dispuesto, en esta ilustración, a recibir las figuras finas de los comensales, por el momento ausentes.

Las dimensiones de la mesa recuerdan el Cenáculo de Leonardo de Vinci... Sí. Eso está dispuesto, sin duda, para el otro cenáculo. Pero

con Judas en el centro, once discípulos imitadores de Judas al entorno, y, en un ángulo, un solo Jesús, predestinado a la crucifixión.

Y también, comida y bebida de cuerpo y carne. ¡Ay! El cuerpo de los pueblos, la carne de los pueblos.

INVITACIONES

De los efectos que esto pueda producir en nuestra conciencia, Rey nada sabe, no sospecha nada.

Tampoco Inglaterra parece sospechar, tampoco Inglaterra parece saber.

Pero nuevos banquetes se preparan, ¡oh clubmen de 1914 o diplomáticos de 1920!... Se prepara el banquete en que, reunidos todos los hombres, celebrarán el *looping-the-loop* de la sociedad y del mundo.

Quedáis invitados.

La tarjeta de invitación tiene una particularidad, digna de ser consignada en los fastos y de no ser olvidada en la nueva edición de *The Whole Art of Dining.*

Las invitaciones para este nuevo banquete están escritas en lengua eslava y en caracteres griegos.

EL NUEVO BANQUETE

NOTA PREVIA

VAMOS a estudiar, en una serie de notas, algunas características, algunos de los sabores, de este Nuevo Banquete, a que el mundo es invitado hoy, en lengua eslava.

A veces, escribir estas páginas me será algo duro. Otras ha de serle duro al lector leerlas... Pero nos encontramos en las páginas de un libro que se llama «HAMBRE Y SED DE VERDAD». Y, aunque esta Verdad, según se descubre varias veces en él, es la Belleza —o, precisamente porque esta Verdad es la Belleza—, sus imposiciones se vuelven más rigurosas aquí que en ninguna parte.

LAS CARTAS DE SADOUL

Las cartas del capitán Sadoul sobre la revolución bolchevique se escribieron cuando Brest-Litovsk. Se coleccionaron cuando Versalles. Eran comentadas todavía cuando San Remo. Pero yo no las he leído hasta ahora, cuando Spa.

De estación en estación, el interés de estas cartas se ha evaporado por completo. Cuando Brest-Litovsk, parecieron tal vez atrevidas; cuando Versalles, el autor y sus amigos pudieron creerlas suficiente para plataforma de una campaña electoral; cuando San Remo, su valor resultaba ya sobre todo restrospectivo. En los días de Spa, la impresión de las cartas del ca-

pitán Sadoul es, hay que confesarlo, un poco penosa.

No renunciemos nunca a interpretar pequeños signos exteriores y estéticos. Un estandarte de seda blanco y azul, un estandarte con la copia al óleo de un Guido Reni nos bastaba un día para diagnóstico del mesianismo polaco a manera de la Towianski. Un cromo con el retrato de León Daudet, en ocho colores, para mostrar la interior antinomia, lamentable e insoluble, de la «Acción francesa». En las primeras páginas de la edición de las *Notes sur le révolution bolchevique,* por la casa *de la Sirène,* de París, hay un retrato de Sadoul, un croquis firmado por Grandjouan. ¡Qué retrato!... A nosotros esta figura ya nos parece haberla visto —visto involuntariamente, al pasar ante quioscos y papelerías—, en *Culotte rouge,* o en alguna de estas hojas erótico-patriótico-cadeteras, que son uno de los ascos del nacionalismo francés... O, acaso, extraviados, de estudiantes,

en alguna velada de teatro de barrio, del *Théatre de Cluny*, por ejemplo, cuando un bizarro conquistador aparecía en escena. Ese peinado a la parisién, ese bigote, ese *œil alèrte*, esta *bouche ironique*, esa ancha pasta de mozo guapo y vivo —¡tan meridional en el aspecto! ¡y tan parisién!—, molestan un poco, para recordados cuando el autor de las cartas nos cuenta que ha ido a visitar a la ciudanana Alejandra Kollontai, ministro de Higiene, y dice haberla encontrado vestida con una túnica de terciopelo obscuro, *qui moule agréablement les formes harmonieuses d'un corps long et souple, visiblement libre de toutes entraves*, o que han tomado el té con Alejandro Gay, el brillante orador, líder de los comunistas, *sa femme charmante et deux militantes, elegantes et jolies*, o simplemente cuando se encara con el alma púdica de Rusia —de la cual, después de todo, *también podemos decir que es una mujer.*

La *allure cavalière* de Sadoul, se nos vuelve

todavía menos simpática, si al recorrer su larga correspondencia con Albert Tomas, notamos la total ausencia de interés en nuestro buen mozo por el sentido de las grandes páginas de la historia universal que están escribiéndose a su vista; más, su íntimo menosprecio por la revolución, por la obra de la revolución, por Rusia misma y por los rusos. El, en la gran tragedia, no quiere ver —y, *lo que es peor,* no ve— sino una cosa: la continuación o el abandono de la guerra por parte de la naciente república. *A todo lo largo del libro* —a todo lo largo, repito, y no en su comienzo solamente— el pueblo ruso no constituye para el capitán otra cosa que un instrumento, que va a funcionar más o menos bien; un instrumento al servicio de una nación, única cosa que auténticamente le inporta, al servicio de Francia. A pesar de los pesares, Sadoul es y sigue siendo *un nacionalista patriótico,* distinto por razón de oportunismo, *pero únicamente por razón de*

oportunismo, de un Noulens o de un Clemenceau. Ningún principio le anima, ningún respeto o simpatía transparéntase en esta correspondencia... El capitán se levanta temprano; visita a los jefes bolcheviques; se capta la confianza de los mismos; procura estar informado de todos sus planes; toma luego el té con sus enemigos, desde los diplomáticos de las embajadas aliadas y los oficiales de las misiones militares hasta los rebeldes anarquistas, como el *peu dangereux* Alejandro Gay; da a todos excelentes consejos; y por la noche requiere la pluma y escribe a París una larga relación; dichoso cuando, como resultado de todo esto, parece que la guerra podrá continuar unos meses más y habrá manera de sacrificar durante unos meses todavía, unos cuantos millares más de vidas humanas. En cierta jornada los comisarios del pueblo realizan una batida encarnizada de «nidos anarquistas»; el capitán confiesa con cierta ingenuidad al día siguiente: «No me atre-

vo a ir a ver a Alejandro Gay, a pesar de que tenía cita con él...»

¡Y esto es lo que, en las últimas elecciones legislativas francesas pudo presentarse como voz nueva de un mundo nuevo! —No. Esta voz es vieja, esta voz ya la conocemos. Es la media voz traidora de la diplomacia secreta, incapaz de resistir sin enronquecer el aire libre de un *democratic control*, no ya como el que Bertrand Russell o Norman Angell predicaban en Inglaterra, sino como el que Giolitti quiere imponer en Italia. Es, apagada sucesivamente por la publicidad, de estación en estación, de conferencia en conferencia, de Brest-Litovsk a Versalles, de Versalles a San Remo, de San Remo a Spa, una voz de la misma familia de las que ha sonado en Spa, en San Remo, en Versalles y —no quiero decir que en Brest-Litovsk, porque en Brest-Litovsk una de las partes, por lo menos, hablaba a gritos y con perfecta claridad.

EL "NUEVO PUEBLO" Y LA POLÍTICA VIEJA

EL CARRETERO Y EL EX MINISTRO

En Sarriá, que viene a ser un Saint-Cloud de Barcelona —en espera de que Pedralbes, que ya es su Saint-Denis, se vuelva su Versalles—, apareció, cuando la huelga general de marzo de 1919, la gran figura de un cabo de somatenes que había resuelto la cuestión social. Era el tal, carretero de oficio, atlético de complexión. En aquellos días de prueba, virilmente desdeñoso de la carabina, con la autorización de cuyo libre y amplio juego obsequiaran al

vecindario las autoridades benévolas, contentábase con una sencilla y elegante vara de fresno. «Y lo que es éste —decían entre sonrisas cómplices los admiradores de aquel Hércules con carnet— no *los* entrega».

Pero las soluciones de tan esforzado varón tenían una contra. La declaraba él mismo, resumiéndola con precisión: «Aquí ya estaría todo concluído —clamaba, amargamente, a los comienzos, desalentadamente después— si no existiese Barcelona...» Somatén de Sarriá, él había resuelto la cuestión *en* Sarriá. Desgraciadamente, la tempestuosa capital cogía muy cerca. Ello bastaba para malograr tanto esfuerzo, para esterilizar tanta enjundia, para asegurar, vencedoras de las más abruptas resistencias, la prolificidad del daño y la persistencia de la inquietud.

La figura del carretero de Sarriá, tema ya de una antigua glosa, se nos aparece de nuevo al leer el elocuente alegato que ha dado el señor

Ventosa a uno de sus dos órganos barceloneses, en propuesta de que sean las autoridades locales de Cataluña las encargadas de la policía social y aun de la política social del país. Mucho talento y mucha habilidad emplea nuestro ilustre amigo en la defensa de su tesis; mucha aplicación, voluntad excelente, emplearía, sin duda, llegado el trance, poco verosímil, de aplicarla... Pero duele —si no se trata de un simple preludio sobre temas electorales— que mente tan ágil no haya visto cómo, para el caso, lo mismo vale decir Sarriá que Cataluña, incluso que Inglaterra. Que ni la política social, ni siquiera la política social, admiten hoy en parte alguna soluciones «locales», nacionalmente, geográficamente delimitadas. Que no hay ni puede haber, dígase por ahí lo que se quiera, una solución «catalana» para la justicia social «en Cataluña». Desgraciadamente —para hablar el lenguaje del carretero de Sarriá—, *el mundo coge muy cerca.*

LA MODA DE LAS "ARITMÉTICAS CATALANAS"

¡Solución catalana del conflicto social!... Moda fué, allá a los comienzos del siglo, la tentativa de dar aquí color y carácter local, no sólo a los productos históricos del espíritu, que fácilmente lo toleran, y aun, en cierto sentido, fatalmente lo adquieren, cuando son sinceros y profundos —así la poesía o la filosofía—, sino a las mismas ciencias abstractas y a los símbolos más constantes del sentido de catolicidad y universalidad. No bastó con que hubiese una oceanografía catalana y una liturgia catalana; cierta «Aritmética catalana» llegó a publicarse, por otra parte, pésima; y no fué, ciertamente, por falta de ganas si dejaron de

catalanizarse la mecánica celeste y la geometría de posición... Por fortuna, aquellas ingenuidades duraron poco. El progreso de las luces acabó con ellas; y tal vez, un poco, el *Glosari*, y tal vez, un poco, el *Institut de Ciencies*. Hoy vamos por otros caminos. Y si en alguna ocasión se habla aún de «Escuela catalana de Biología» o de invenciones semejantes, ya estamos muchos en el secreto de que la calificación nacionalista no es otra cosa que un diplomático artificio para convencer a ciertos diputados provinciales —«diputados provinciales en toda la extensión de la palabra», como decía Octavio de Romeu— de la urgencia de tal o cual partida del presupuesto, que ellos, por su naturaleza, estarían poco inclinados a votar. Por encima de la piadosa estratagema, los augures no se contentan entonces con reír: se guiñan el ojo.

Al suponer a los políticos catalanes especiales virtudes para la solución de los conflictos

societarios, al creer posible una localización geográfica y un tratamiento autonómico de los problemas de esta índole, ¿es el señor Ventosa un augur, como estos contemporáneos nuestros, o un ingenuo, como los que escribieron «Aritméticas catalanas» ayer? ¿Obedece a una visión demasiado simplista de problemas como el del terrorismo o a un cálculo demasiado sabio sobre la manera de desplazar unos millares de votos?

LUCIDEZ

La imposibilidad práctica de aquella localización y aquel tratamiento especial fué en Cataluña comprendida con anticipada claridad por un hombre que no tuvo necesidad, como tantos otros, de asistir a la liquidación de la gran

guerra para creer, no sólo que el internacionalismo no estaba muerto, sino que iba a florecer, con más vigor que nunca, al día siguiente de aquélla... Naturalmente, nos referimos a Prat de la Riba. Ni al redactar su proyecto de Delegaciones para Cataluña, ni al prever en los ulteriores desarrollos y consecuencias del mismo, Prat de la Riba incluyó entre los poderes que aquí quería localizados el régimen de la política social. El, tan nacionalista en todo, incluso en religión, pensó, con mucha lucidez, que si la justicia social del pasado había podido localizarse nacionalmente (como ocurrió en la hora de la revolución de los «remensas»), la política social de lo futuro *ya no podría volverlo a ser.* (Él, por otra parte, había, ya de joven, luchado contra los desvaríos de la «moneda catalana» o del «sistema métrico catalán», y nos ayudó luego a nosotros a combatir contra la «Aritmética catalana» o la «Ginecología catalana»).

No falta quien supone que aquella no inclusión por parte de político tan prudente, a la vez que tan audaz, era una habilidad tan sólo, una manera de «echar» a los otros «el muerto» de los conflictos sociales y de la impopularidad fatalmente traída por alguna de las maneras de resolverlos. Protestamos de esta suposición por la memoria de la gran figura evocada. Prat de la Riba era un cauto. No era un astuto. El, por otra parte, no ignoraba, no podía ignorar, que este «muerto» que una astucia vulgar sentiría acaso la tentación de echar sobre otros hombros, es «lo más vivo» de la conciencia contemporánea, de las luchas contemporáneas. Que un poder ajeno a la cuestión social estará hoy tal vez escudado contra grandes aversiones; pero, en cambio, ha de encontrar adhesiones demasiado fervorosas.

No ignoraba estas cosas; pero ya sabía, por otro lado, lo que, a pesar de tantas experiencias posteriores, el señor Ventosa parece olvidar

aún. Que aquellas luchas y la vida de aquella conciencia son un drama demasiado vasto para encerrado en un escenario estrecho. Y pretender tratar, con una conducta local, los problemas de la batalla económica, equivale a querer resolver, con prevenciones de conducta personal, los problemas de la higiene.

UN NUEVO PUEBLO

“De las crueldades de la guerra —escribía un día el agitador Radek— ha nacido un nuevo pueblo: el proletariado revolucionario».

«¡Un nuevo pueblo!» ¿Lo oye el carretero de Sarriá? La fuente de las dificultades no es Barcelona. ¿Lo oye el ilustre ex ministro? La fuente de las dificultades no es Madrid. ¿Lo oye también, más lejos, Millerand? La fuente de las

dificultades no es Alemania. ¿Lo oye Lloyd George? La fuente de las dificultades no es Rusia. La fuente de las dificultades es el nacimiento de este nuevo pueblo —¡de este pueblo «extranjero» en cada país!—, y que no tiene nombre en la Geografía.

Radek habla de nacimiento. Nosotros creemos que, en rigor, este pueblo ya existía. Que este pueblo era «el Pueblo». Y que «el Pueblo» ha sido siempre una fuerza internacional, universal. Hemos insistido sobre ello alguna vez. Hay dos grandes fuerzas universales: en lo hondo, el Pueblo; en lo alto, la Cultura. Atrás, la Prehistoria; delante, la Posthistoria... En lo intermedio, todo lo que es mudable; progresivo, particularizable, nacionalizable, *histórico*...

EL SIMBOLO

¿Soluciones locales, para la política social?

¡Al contrario, al contrario! Ningún paso eficaz podrá dar en ella quien no se encuentre persuadido de una verdad, que podría resumirse en el siguiente símbolo convencional, pero profundamente exacto:

«En cada Estado, los conflictos sociales no competen, en rigor, al Ministerio de Interior o de Gobernación». Competen al de Negocios Extranjeros.

OCASO

ESQUEMA

La sal del siglo XIX era la burguesía liberal. Mientras transcurrió aquél, ésta realizaba la cultura. Siempre habló el Espíritu por su boca; cualquier producto intelectual importante, obra suya fué; aun el mismo Socialismo de entonces. ¿Por qué esta fecundidad de una clase social, ligada a una actitud mental y política dominante? Inicialmente, por su desinterés. Desde mediados del Setecientos, la nobleza, al agotar su virtud, había agotado su misión. Se hizo frívola, que es como decir se hizo inútil. Co-

rrompió la cultura, volviéndola interesada en el sentido hedonístico. Acabó por no apreciar en la ciencia sino su rendimiento en placer. Impúsose, como consecuencia, la necesidad de que los destinos del mundo pasaran a manos de gentes más serias, más entusiásticas, más *religiosas.* Estos fueron los burgueses.

Pero el mundo de hoy nos presenta uniformemente el siguiente espectáculo: La burguesía, a su vez, ha dejado de ser seria, ha perdido el entusiasmo y la religiosidad. También ella ha caído en altruista desgana de todo lo desinteresado. También ella ha concluído por no apreciar en la ciencia sino el rendimiento: rendimiento industrial, rendimiento utilitario, rendimiento sensual igualmente. Aquí está, para cualquier examen lúcido, el indicio de que su misión de cultura ha terminado. Y cuando una clase ha terminado su misión de cultura, es inevitable que termine a poco su misión de gobierno.

Sí; la burguesía liberal fué la sal del siglo XIX. Pero está escrito: Cuando la misma sal se volviera desabrida, ¿con qué la sazonaremos ya?

Esto son cosas muy sencillas. Quisiera que se me demostrase que son inexactas. Cierto, la incapacidad de ver lo múltiple de la realidad, se llama simplismo. Pero la incapacidad de ver lo sencillo tras la multiplicidad, se llama miopía.

CONFESIONES

Leí, hace algunos meses, el texto de una interviú periodística con nuestro matemático Rey Pastor. Empezaba el articulista consignando que no había encontrado al joven profesor en su casa, ni en la aula, biblioteca o seminario, sino en un establecimiento industrial. Allí ocu-

paba una parte de sus horas, larga, probablemente. ¡La mejor esperanza española en el saber abstracto malográbase así, entre máquinas utilitarias, entre tareas de importación-exportación, entre presupuestos y negocios!

Luego, la necesidad de semejante claudicación convertíase en el triste tema de casi toda la entrevista. —Ya ve usted —venía a decir el consultado—; todos nos hemos encontrado en trance de hacer lo mismo; alguno de entre nosotros se ha convertido financiero; otros, en ingenieros; otros, han entrado en la administración; éste, importa máquinas de Alemania; este otro, cuelga líneas telegráficas en Cataluña o en Asturias. Y lo mismo los biólogos, que han tenido que hacerse ginecólogos o dentistas, y los filósofos o sociólogos, vueltos periodistas o abogados. ¿Quién queda ya para la especulación científica desinteresada? —Y Rey Pastor concluía hablando de marcharse al extranjero.

¿Al extranjero? Lo que constituye en España tan áspero problema, ¿tendrá hoy, por ventura, en el extranjero solución que, por lo difundida, pueda tomarse como normal? ¿Cree nuestro docto amigo que las condiciones sociales que entre nosotros han traído aquel daño no se repiten —proporciones guardadas y mudado lo mudadero— en todo el mundo, bajo la influencia en la burguesía liberal y de su agotamiento de espíritu?... Yo no digo, claro está, que algún caso individual no pueda regaladamente acomodarse; no ignoro que tal o cual joven República generosa, sedienta de prestigios, procura atraer a hombres ilustres; ni que, en países de gran tradición, se inventan paliativos para alejar la vergüenza de que aquélla se extinga; ni que en Norteamérica, por capricho de un par de multimillonarios, se cultiva aún la planta-sabio, en algunos adecuados invernaderos, como pudiera orquídea rara o dogo de esos que llevan cifrada en los hocicos la categoría

llamada, en estética, «sublime de mala voluntad». Pero sé también que, en una tarde de París, he oído a una gran figura contemporánea, del Norteamérica precisamente, a James Mac Baldwin, decir en la intimidad de su casa de huéspedes en la rue Byron —decirlo sin ironía, sin melancolía casi, con la misma simplicidad con que las buenas humildes gentes de antaño hablaban de «pobres» y de «señores»—: «Como yo carezco de energías para los negocios, me he dedicado a la filosofía...» Cuando, ya desvanecida cualquier ilusión de primacía o de sacerdocio, es el mismo sabio quien piensa así, quien habla así, de sí mismo como un derrotado, de su oficio como de un *pis-aller*, ¡qué dirá el filisteo, qué pensará el común de las gentes en esta hora universal de materialismo y de brutal dominio de las fuerzas económicas!

Y sé también que de París nos cuentan cómo faltan normalianos para el profesorado futuro;

y de Roma, cómo faltan vocaciones para la Iglesia de mañana.

¡La burguesía liberal no necesita al sabio, ni casi al sacerdote! ¡A la burguesía liberal le bastan ya, para su servicio, el ingeniero y la prostituta!

DE BERTHELOT A BERTHELOT

Toda ciencia, ingeniería. Todo arte, prostitución... Y, de cuando en cuando, un poco de cocaína y un poco de espiritismo. Y los tópicos heredados. Y los espejismos falaces del instinto de conservación. Así acaba su misión en el mundo la clase que despertaron un día voces graves como las de Samuel Johnson, de Rousseau y de Schiller.

También ella había oído, más adelante, y en

una hora de triunfal orgullo, la voz de Marcelino Berthelot, cantando el porvenir de la ciencia. Pero he aquí que, el año pasado, otro Berthelot docto, Daniel, hijo, creo, del gran químico, proclamaba enérgicamente en la Academia de Ciencias, de París: «Los hombres de nuestra generación habrán sido testigos del apogeo de la investigación científica. A la hora en que hablo, tal vez ha empezado ya su decadencia».

Hay todavía, en este viejo país de Francia sensibilidad bastante para que una declaración así, rompiendo con el rutinario optimismo, trajera sobresalto en algún sector de la opinión pública. Reflejóse este sobresalto en las páginas del cotidiano *Le Temps*, quien abrió una encuesta el pasado verano sobre la decadencia de la investigación científica en Francia.

Y vinieron los sabios y dijeron que sí: que era doloroso confesarlo; pero que la alta producción intelectual decaía, amenazaba hundirse en la barbarie. Y el remedio que proponían,

por boca de M. Reinach y de muchos otros: «La colaboración de la ciencia y la industria». Que los sabios... «se dediquen a fines eminentemente prácticos, a problemas concretos cuyos resultados trascenderán a la industria». Y añadían, con M. Liard, el antiguo vicerrector de la Universidad de París: «Sólo hay una química, y es la misma ciencia la que se enseña en Burdeos y Lyon; pero en Burdeos se utilizan sus conocimientos para tratar las viñas y elaborar los vinos; en Lyon, para los tintes de los tejidos...» Así baja, sumisa, a mezquinos menesteres locales, la ciencia que el primer Berthelot había imaginado dueña del mundo, substituta de la metafísica y de la religión. ¡«*Ancilla*», criada, sierva de nuevo! ¡Si en el XIII de la teología, y en el XVIII del *bonheur*, sierva, todavía al empezar el XX, de la industria!

Pues bien: algunas semanas después de la encuesta de *Le Temps* caía en mi mano una hoja proletaria de nuestra provincia de Tarragona.

Y allí leía —aplicables tal vez a otra cosa, pero resplandecientes de sugestiones aún, estas palabras de oro: *Más importante que la Industria, es la Verdad*—. Al leerlas me daba un gran salto el corazón. Las voces graves de los Samuel Johnson, de los Rousseau, de los Schiller, habían encontrado un eco contemporáneo. Aun hay una clase capaz de traer de nuevo a la cultura la seriedad, el entusiasmo, la religión.

HORIZONTE

ESTA clase podría ser la de los obreros. La tarea que la burguesía abandona, cabría que ellos la recogieran y que, gracias a ellos, no sucumbiera la cultura en el mundo. Todo ello sigue siendo muy sencillo.

Más complicado parece el combate contra las tentaciones del exclusivismo que pudiesen venir del convencimiento de esta misión en una clase que entra en funciones de cultura y de gobierno... Pero sobre de aspecto de la cuestión hemos de ocuparnos en capítulo aparte.

LA CLASE ABIERTA

CONTRA EL EXCLUSIVISMO

...Sí, lo difícil es dar a entender a las gentes, de uno y otro bando, que una revolución fecunda jamás ha sido realizada por un grupo homogéneo. Que el ejército obrero internacional, el ejército del «nuevo pueblo» de que habló Radek, debe llevar al fuego a su vez —¡y en la avanzada!— una «Legión extranjera».

¡Estrecho, mezquino corazón del hombre! También en el «nuevo pueblo» —en aquel que no tiene ni puede tener nombre en la Geografía— ha entrado el exclusivismo. También él se siente dominado por un «nacionalismo» a su

manera. También aquí un celo malicioso y suspicaz vigila por la «pureza de sangre» proletaria, y no quiere que se confundan el «ingenuo» con el «liberto», el «meteco» con el ciudadano de estirpe... Las famosas veintiuna bases de la Internacional de Moscú aparecen literalmente empapadas de semejante espíritu. ¡Cuán peligrosa perspectiva de lucha intestina y de personalismos abominables abren aquellos preceptos, con abrir el camino triste de las «depuraciones», de las «purificaciones»!

Oportet hoeresses esse... Más diremos, más que San Pablo. No sólo conviene que existan herejes. Conviene que «estén» con nosotros. ¡Nada de *Ghettos* en la ciudad futura, ni siquiera mientras está en advenimiento y camino; nada de juderías o *calls!* ¡Nada de «cementerios civiles», prevención impía de una contaminación absurda! A cualquier hombre que muere llamo yo religioso. A cualquier hombre que trabaja, y sufre hambre, y sed de justicia, llamo

yo obrero. Sean el sudor de la frente y el anhelo del alma la única liturgia y el único credo para un bautismo en la clase.

LA MISIÓN DE LO HETEROGENEO

Y venga a nosotros en buena hora el dudoso, venga el impuro. ¡Venga, acérquese! Quien no está deliberada y declaradamente contra nosotros, con nosotros está. Sin inclusión de lo heterogéneo no hay vida. Sin un poco de mezcla, no hay eternidad; diríamos, en lenguaje simbólico, que sin resurrección de la carne no hay vida perdurable. Aun los mismos grupos étnicos locales necesitan de la incorporación de lo distinto; para perpetuarse les conviene un granito de extranjería providencial. Ya lo saben algunos amigos míos: «La Bien Plantada les

vino a los catalanes de las Américas. ¿Napoleón, no les vino a los franceses de Córcega?»

Con la consanguinidad en las uniones, los linajes se empobrecen. Con la exterminación de los heterodoxos, los dogmas se petrifican. Por falta de erudición o de información, las doctrinas se corrompen. Sin íntimo diálogo, no hay posibilidad siquiera de pensamiento creador.

Así, las clases. «¡Trabajadores del mundo, uníos!» ¿Por qué, exclusivamente, en uniones consanguíneas?

COLABORACIÓN

Hoy traen los periódicos una noticia muy bella: Los laboristas ingleses han elevado su voz en pro de la libertad de Irlanda. Esto quiere decir que la libertad de Irlanda empieza a volverse posible. Mientras no la quisieron mas

que los irlandeses, no lo era. Ninguna causa vence sino cuando cuenta ya con partidarios entre aquellos a quien la naturaleza, la fatalidad, el interés destinaban para adversarios suyos.

Ahora, pensemos en la causa de la libertad. Muchas veces los pueblos habían intentado sacudir de sus hombros el peso de privilegios y servidumbre del antiguo régimen. Uno, muy sonado, entre semejantes intentos llamóse *Jacquerie*. Fué completamente estéril. Y cada uno de los otros intentos es una *Jacquerie* más.

¿Qué ventaja traía la Revolución francesa sobre las pretéritas *Jacquerie?* ¿Por qué pudo aquélla vencer? Traía, principalmente, la colaboración de una parte de los mismos nobles. Había, desde mediados del siglo XVIII, un gran número de hombres lúcidos que, perteneciendo a la aristocracia, trabajaron en el alumbramiento de las horas primeras de la democracia. Se les llamó «enciclopedistas», «filósofos»,

y a veces, también, «libertinos». Su clásico era la vieja Inglaterra, como ahora lo sería la nueva Rusia. Mientras fueron pocos, el antiguo régimen se divirtió. Así que fueron muchos, el antiguo régimen se alarmó. Cuando se llamaron legión, sucumbió. Aquellos hombres fueron el fermento de la era que venía. Le dieron el antecedente clásico, le proporcionaron el sentido del orden, sin el cual una revolución no puede pasar de ser una agitación sin fruto.

Un núcleo humano empieza hoy a manifestarse en el mundo que, procedente de la burguesía y condenado acaso por la fatalidad del interés a unión con ella, ha tenido, sin embargo, entereza suficiente para romper con ella ideológicamente y para tomar con toda el alma posición entre las fuerzas de ataque, no entre las fuerzas de defensa de lo caduco. Desde el momento en que esto ha podido acontecer, la causa de aquéllas tiene de antemano la partida ganada. ¡La nueva Revolución cuenta ya con

sus «enciclopedistas», cuenta ya con sus «filósofos»! ¡Cualquier día de éstos un caballero de l'Isle —tal vez para cantarla, un poco inconsciente, en un comedor elegante— compondrá su Marsellesa!

LOS REDIMIDOS

Aun al «meteco» respecto del «nuevo pueblo», paso franco, he dicho. Aun al impuro.

Voy a encarecer: ¡Aun al frívolo!

He aquí una información contenida en un estudio de Allan Wallenius sobre la cultura en Rusia, publicada en la *Svedish Arbetarer* y reproducida por los *Documentos del Progreso* y por la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires: «En Rusia... muchos hombres de clase noble que declaraban «no saber trabajar» han encon-

trado ocupación agradable y útil en la enseñanza de lenguas extranjeras, en las misiones de fomento educacional, en la función de las bibliotecas, etc., acabando por sorprenderse de no ser inútiles como ellos mismos creían. Los que habían juergueado tanto en los cabarés de París son ahora excelentes profesores de francés en el segundo ciclo de enseñanza y se les exige un par de horas diarias de clase, pues «el que no trabaja, no come». Muchos sibaritas de aldea son bibliotecarios ejemplares y están tan contentos ellos como sus vecinos, convencidos, por fin, de que el trabajo no es una vergüenza ni un castigo.

¿Cómo rechazar de las fuerzas de ataque a los mismos que han de encontrar lugar, en el inmediato mañana, entre las fuerzas de ocupación?

ANTES QUE CONSTANTINO, PABLO

NADA entenderá en el «nuevo pueblo» quien vea en él un régimen económico únicamente; quien no comprenda que hay en él una creación religiosa.

Yo he visto esta religión en sus catacumbas de persecución y de sufrimiento. Era en la Prisión celular de Barcelona. Así lo contaba, una noche de la pasada primavera, a los obreros de Sabadell.

Un día conoceremos su Constantino. Habrá visto en el cielo la nueva señal. Le dará la normalidad y la autoridad en la tierra.

Pero antes que su Constantino, la nueva creación religiosa debe conocer su Pablo. Al hombre del trauma de Damasco, al que ha oído: «¡Saulo, Saulo, por qué me persigues!»;

al gentil converso; al que realiza la síntesis entre dos mundos.

Al que, por haber nacido gentil, sabe la conveniencia perenne y profunda de que *haya herejes.*

REFLEXIONES SOBRE LA CIENCIA DE LA CULTURA

La expresión «Ciencia de la Cultura» se propaga un día en la literatura filosófica alemana por iniciativa y obra de Riehl. Cree Riehl, sin embargo, que la Ciencia de la Cultura no está constituída aún. Según él, la *Kulturwissenschaft* es una *Zukunstwissenschaft,* una ciencia del porvenir.

A trabajar por lo mismo y a defender su derecho de existencia ante los ataques que le dirigían otros filósofos, y sobre todo, polemistas e historiadores, comparece pronto una revista que, a poco de fundada, alcanza crédito capital. Se llamaba *Zeitschrift für deutschen Kultur-*

geschichte, título que cambia después, para llamarse, ya sin alusión nacional, *Zeitschrift für Kulturgeschichte*, revista de historia de la cultura. Su director, Steinhause. De Steinhause es la contestación a los que objetaban contra la existencia de una ciencia de la cultura diciendo que no se había definido el objeto de la misma, con la réplica que, de admitirse eso, la Historia en general no existiría tampoco. Porque nadie ha fijado nunca con precisión cuál sea el objeto de la Historia.

Entre los ataques a la existencia o a la autonomía de la ciencia de la cultura, señálanse muy pronto el contenido en la obra de Schoeffer *Die eigentliche Arbeitsgebret der Geschichter*, publicada en 1888. El punto de vista de Schoeffer se cifra en la imposibilidad de separar la historia política de la historia de la cultura; juzga él, en su estatismo, que la cultura de un pueblo se confunde a cada momento con su vida política. Muchos son, como Schoeffer, los

pensadores alemanes que han creído que el único órgano de la Cultura es el Estado.

No así Gothein, quien publica, el año siguiente, un fuerte estudio bajo el título *Die Ausgaben der Kulturgeschichte.* Aquí cultura se identifica con lo que de una manera vaga pero reveladora suele llamarse «las ideas». (Es decir, hasta cierto punto —nótese— lo contrario del Estado). De este modo, la historia de la cultura queda netamente diferenciada, no sólo de la historia política, sino de la historia de cualquiera de las instituciones particulares que forman la trama de la civilización de un país; de la historia del arte, de la historia de la literatura, etc.

Así las cosas, los tiempos inmediatamente anteriores a la guerra parecen caracterizados por una cierta vuelta a la posición pesimista de Schoeffer, adversaria a la autonomía de la ciencia de la cultura. Croce, por ejemplo, historiador, en su nota de *La Crítica*, de estas tentativas de ciencia de la cultura, opina que tal

invención sólo es hija de un pseudo-concepto, no debiendo reconocerse, en realidad, mas que una Historia, formada por la reunión de las diferentes historias particulares: la del arte, la de la política, la de la literatura, etc.

Como observa el mismo Croce, estas diferentes opiniones sobre un tema teórico no dejan de tener alguna relación con los movimientos políticos, más exactamente, sociales, de las épocas a que corresponden; tan cierto es que la historiografía de cada época se enlaza siempre estrechamente con la política. Así la concepción de una historia de la cultura como entidad especial, separada de la historia de las dinastías y de la política, corresponde, hasta cierto punto, al movimiento democrático, que coloca más difusamente el interés del historiador en el cuerpo de la humanidad en general, como reacción respecto de la actitud tradicional que limitaba ese interés a los reyes y a sus familias, a los grandes capitanes de la guerra y a las

figuras capitalísimas del Gobierno. El yugo de las ideas democráticas llega a límites tan extremos, como los que marca ante el problema de la historicidad la posición del historiador escandinavo Troel, quien, queriendo escribir la historia de su país, tanto se detuvo en reseñar, como introducción, sus costumbres, que a vuelta de muchos años y de luengos volúmenes, sólo había tratado de un pequeño detalle sobre los capítulos matrimoniales en los pueblos de Escandinavia, y tuvo que dejar la empresa, poco menos que así.

En cambio, las restricciones modernísimas contra la autonomía de la ciencia de la cultura representan la actitud del Socialismo, y tal vez corresponde a ella; la actitud del Socialismo, que, en su tendencia a absorber en la vida estatal toda la actividad humana, ha de tender igualmente a creer que la historia de toda la actividad humana se identifica con la historia del Estado. Vese esto claramente al exami-

nar las razones que al sostener su tesis sobre la no existencia de la historia de la cultura alega Schoeffer. Dice Schoeffer que la vida de un pueblo se identifica con la de un Estado; que, fuera del Estado, no hay cultura; y que, recíprocamente, no hay Estado que pueda considerarse como existente, si él, a su vez, no se revela por una cultura.

Parece que nuevas tesis historiográficas han de ligarse a las actitudes sociales posteriores al Socialismo, quiero decir al socialismo de ayer. Tal vez puede sustentarse todavía la solución de la unidad, pero una unidad obtenida en dirección inversa: no con la absorción de la ciencia de la cultura en la historia política, sino al contrario, de la historia política en la ciencia de la cultura. El error de Troel consistió acaso, no en conceder tanta atención a los capítulos matrimoniales, sino el de considerar el estudio de semejante tema como introducción *a otra cosa*... Y tal vez sea

verdad que la Historia hay que tomarla como una; pero a condición de separar de la historia netamente la prehistoria, y la cultura, sobre las cuales, como entidades —o, si queréis, *fuerzas*— eternas y constantes que son, no quepa *historia*, sino *ciencia*...

UN CATÁLOGO

¡Qué papel! ¡Dioses protectores, númenes benévolos de la edición, qué papel! Mis dedos, ya lamentablemente avezados al sórdido cilicio del que persiste aún en llamar papel-pluma, cuando debería bautizarse de papel-vello, acarician hoy las páginas del cúbico y elegante volumen con tanta delicia, que estoy a punto de lanzar la palabra jubilosa, enternecida y malsonante, puesta por René Benjamín en boca de su *Gaspard marchand d'escargots*, al dar éste con los viejos huesos, después de semanas de trinchera, en la muelle cama, y limpia y dotada de sábanas regalonas, de un hospital bien llevado...

* * *

Et pour 's payer du beurre de table
il fallut s'apeller Rockfeller

cantaba Domenique Bonnaud. Para pasarse papel así, hay que pronunciar el nombre de Carnegie. En efecto, el libro es un catálogo de la exposición de Bellas Artes de hogaño, en el Carnegie Institute de Pittsburgh.

Las más bellas en este catálogo de adorable papel nos parecen hoy las páginas blancas; después, las del texto, tipográficamente muy primoroso; en seguida, las que contienen un grabado pequeño, en un gran fondo blanco; por fin, las que contienen un grabado grande, reproducción de un cuadro de la exposición.

* * *

De las obras reproducidas sólo, excepcional-

mente, parece tener *tipográfico* interés: la de Valentín de Zubiaurre, con su etnicismo exasperado. En el grabado, blancos, negros y grises juegan muy bien, y su conjunto —que llamaríamos «enrejado», o, mejor dicho, *ajouré*—, prueba que la pintura está colorísticamente bien compuesta... ¡Pero, hay un sir William Orpen! ¡Y un Algernon Talmage, estilo ilustración de cuento de *magazine!* ¡Y hay sobre todo, el *Phil May*, de James Shannon, con su cómica velazquina reminiscencia de Felipe IV!

* * *

¿Por qué, Dios santo,
se casan con las feas
los chicos guapos?

¿Por qué los pintores más sosos del mundo

gozan para el catálogo de sus obras del mejor papel del mundo?

... Celos aparte, la tarea del Carnegie Institute de Pittsburgh es meritoria, y su catálogo, una bella publicación, cuya llegada me complace anualmente, visita esperada y exquisita.

UN ARTÍCULO

En la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (volvamos, cuitado de mí, al papel-pluma), interesante artículo de Pedro Urbano González de la Calle. —González de la Calle es el hijo de González Serrano, nombre ilustre en la historia del pensamiento español ochocentista.

Trata aquel artículo de la «Influencia de las literaturas clásicas en la formación de la personalidad»; y el tema, como su desarrollo, sorprenden gratamente en la *Revista de Archivos*, por exceder del cuadro que la vulgaridad suele atribuír a la mentalidad de archivero. Hay aquí un pequeño tratado de filosofía de la persona-

lidad, no indigna de la tradición que corresponde al nombre que el autor lleva honorablemente.

¡Lástima que al sustentar la buena causa, la tesis capital de defensa de los estudios clásicos, pida a veces prestados a su erudición argumentos que no son buenos! Porque, pésimo me parece el de Zidler, en su obra *L'enseignement du français par le latin*, cuando dice: «El latín nos provee de importantes verdades fundamentales; tales como que el mundo es obra de belleza y armonía providenciales (de *mundus*, bien ordenado); que debemos amar la patria por ser obra de nuestros padres *(patria, terra);* que el Estado no puede sustentarse conforme a su etimología *(stare*, permanecer firme) con elementos de perturbación y de anarquía; que los ministros se consideren como servidor *(minister*, quiere decir servidor) de la nación, que debemos guardarnos del ambicioso, porque no pretende otra cosa que apretar-

nos y cercarnos *(ambit)*; que la república es el interés de todos *(rem publicam)*, etc., etc.

Este camino emprendido por Zidler y que González de la Calle parece dispuesto a seguir, júzgolo sumamente peligroso. Por él se va a confundir lo venusto con lo venéreo y a los candidatos con los caballos blancos. También podrían salir de ahí la falsedad de que el mal de piedra predispone a los pleitos o litigios, y la calumniosa imputación de infidelidad conyugal respecto de las señoras esposas de los subastadores del Hotel de Ventas. Y para la lección de modestia que la etimología podría enseñar a los ministros, mucho temo la ineficacia, no sólo en los ministros de veras, con *Gaceta*, uniforme, automóvil, bufete salvado de azares y consejería en las grandes Compañías, sino en los mismos oscurísimos consejeros de la Mancomunidad de Cataluña.

Los cuales consejeros, dicho sea de paso, acaban de jugarles a los estudios clásicos una

mala partida. Yo había puesto, para la carrera de las Bibliotecarias, dos años de latín y dos años de griego; pensando, como Salomón, como Salomón Reinach, según dice en la nota preliminar de su *Eulalia*, que a vuelta de algunos años, con la fiebre de los negocios que arrebata a los hombres, el estudio de las lenguas sabias, que tan grandes calma y abstracción exigen, va a ser, sobre todo, patrimonio de las mujeres... Pero por ahí han pasado Mías, el de las Borjas y otros pensadores, y me han dejado dos años para todo nada más, en el segundo de los cuales hay ahora una asignatura muy graciosa, que se llama: «Segundo curso de latín... *con nociones de griego*».

El articulista de la *Revista de Archivos* cita también textos de Ovidio y de Séneca, en que «el más puro sentido cosmopolita halla cabal expresión». Por ahí, por ahí, va mejor la apología. El estudio de lo clásico ha sido, es y será siempre el mejor antídoto contra localismos ruines.

UN LIBRO

Cuando Juan Moreas veía a través de los cristales del *Vachette*, acercarse en la acera, la figura provincial de Antoine Albalat, lanzaba, en voz de clarín y en parodia de Víctor Hugo, uno de los crueles dísticos papadiamantopulinos:

Quan on le voit, l'on crit touyours a pérdre haleine:
Albalat, Albalat, Albalat, morne plaine!...

No exacto.—¿Cuándo, por otra parte, podríamos llamar exacto a Moreas, en cosa que no sea la medida de sus versos?— No exacto, pero tampoco injusto.

El libro reciente de Albalat *Souvenirs de la vie litteraire* será una llanura ajardinada; pero es una llanura al fin.

Recuerda mucho. Lo recuerda todo, menos el relieve.

Como las llanuras, el libro se recorre sin fatiga. Como en las llanuras también, los ojos se fijan incesantemente en el horizonte.

El horizonte de Albalat, quien, no obstante (véase la tabla onomástica), cita cien nombres, se llama siempre Juan Moreas.

EUROPA ENFERMA
POLONIA ES SUEÑO

Se ha podido estudiar en detalle, gracias a la abundancia de documentos vivos proporcionados por los horrores de la guerra, el proceso habitual de las alteraciones psíquicas, secuencia de una conmoción en la explosión de un proyectil. El neurólogo M. Chaslin cree que el origen de tales desarreglos está en la acción del choque, sobre las células cerebrales, cuyo metabolismo puede modificar. Otros juzgan que la causa inmediata de aquéllos se encuentra en el desorden de las funciones circulatoria y endocrina.

Al letargo del principio sucede, según parece, un largo período de estancamiento mental, cortado por la crisis de excitación angustiosa y por sueños de batallas, con temas polimorfos. Muy de tarde en tarde, se producen momentos de lucidez; pero, aun en ellos, la inteligencia y los sentidos no salen completamente de su obnubilación. Por mucho tiempo persiste el retardo en la producción de ideas, la impotencia por el esfuerzo, la indiferencia afectiva. Bajo esta torpeza, hay malestar, inquietud, irritabilidad, manifestadas en sollozos, cóleras, insomnios, pesadillas. Prodúcense frecuentes eclipses en la memoria: sin embargo, los recuerdos son fijos; la amnesia es puramente circunscrita a las circunstancias del accidente, a la fase de coma y a los períodos de confusión. A veces se extiende algo, alcanza a instantes inmediatamente anteriores; en ciertas ocasiones puede retroceder un poco más; es raro.

Y cada vez que mueve bruscamente la cabeza, cada vez que inclina la frente hacia adelante, el conmocionado sufre deslumbramientos o vértigos. La epilepsia acaso le acecha; a veces estalla; o los desvanecimientos, en forma de accesos convulsivos...

Cuando uno lee este cuadro de síntomas, puede dudar si se trata de la descripción del estado de un hombre o de una época. Lo que se dice de un soldado, víctima de la explosión de un shrapnell, ¿no podría decirse, casi con las mismas palabras, de Europa, víctima de la explosión de la guerra?

Estos «sueños de batallas con temas polimórficos!...» —Tema para una atroz meditación segismundiana: Polonia es sueño.

LA MODERNIDAD SECULAR

Mucho nos sorprenden, en ciertas ocasiones, los *acentos modernos* con que se ha producido alguna gloria artística secular. En esto, el Greco es prodigioso. En el dominio de la sensibilidad, como en el de la técnica, parece haber adivinado todos nuestros problemas y todas nuestras inquietudes. Mejor dicho, los problemas y las inquietudes de nuestros inmediatos antecesores... (Los *nuestros* —los de los novecentistas— son otros, y caen en la otra vertiente.)

¿Y quién más moderno, a veces, que Góngora? El sentido de un intercambio de elementos entre las artes, adquisición característica del

siglo XIX, desde Théophile Gautier a Strauss, pasando por los prerrafaelitas y por Rimbaud y por Wagner, ¿dónde he encontrado mejor traducción y de arbitrariedad más dichosa, que en el todavía menos conocido de lo que merece *Soneto a una dama muy blanca vestida de verde*, del gran poeta de la mala fama?

Cisne gentil, después que crespo el vado
dejó, y de espuma el agua encanecida,
que al rubio sol, la pluma humedecida
sacude, de las gracias abrigado;

Copos de blanca nieve en verde prado,
azucena entre murtas escondida,
cuajada leche, en juncos esprimida,
diamante entre esmeraldas engastado,

No tienen que preciarse de blancura
después que nos mostró su hermoso brío
la blanca Leda, en verde vestidura;

Fué tal, que templó su aire el fuego mío,
y dió con su vestido y su hermosura
verdor al campo y claridad al río.

Todavía la exaltación óptica resulta aquí compensada por la atonía musical, traducida, entre otras cosas, en la pobreza de los consonantes. Pero Góngora sabía ser también músico —músico moderno— cuando quería. Como en aquella maravillosa «Letrilla» de ruiseñores y campanas y trompetas:

No son todos ruiseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al alba;
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los soles que adoro.

¿No es esto un Ravel, en sus momentos de más clara simplicidad —como el «Soneto» era un Rousel—, en los suyos de intimismo más embriagado? Y, en la misma «Letrilla» de ruiseñores, campanas y trompetas, aquella posterior introducción de liras y violines ¿no recuerda, aun mezclada con elementos abstractos —*y precisamente por lo mezclada que está con elementos abstractos*— el cantar pálido de la vena líquida de Debussy?

Lo artificioso, que admira,
y lo dulce, que consuela,
no es de aquel violín que vuela,
ni de esotra inquieta lira:
otro instrumento es quien tira
de los sentidos mejores...
No son todos ruiseñores...

Incluso asomará aquí, en una imagen, para mayor modernidad, el equívoco mórbido, la

inevitable *alusión* femenina, en que ha sucumbido, por ejemplo, casi toda la música francesa contemporánea:

No todas las voces ledas
son de sirenas con plumas...

(¡Qué deliciosa pareja de plurales, dicho sea de paso! «Voces ledas...» ¡Qué bien!)

Sí. Góngora parece un artista moderno, como el Greco parece un artista moderno.

Ahora, falta saber si decir «moderno» es un elogio.

GÜNTHER

JOHANN Christian Günther era también, desde los umbrales del siglo XIX, un poeta «moderno».

La cadena histórica que une, pasando por tres sucesivas etapas seculares, luteranismo y romanticismo, tiene en Günther un eslabón muy destacado. He aquí cómo en este sentido ha dibujado Farinelli, para la literatura alemana, una serie sin discontinuidad: Lutero. — Paul Gerhardt. — Gryphius. — Flemius. — Simón Dach. — Angelus Silesius. — Fredich von Spée. — Brockes. — Günther. — Haller. — Claudius; la poesía ossiánica en Alemana. — Hölty von Kleist... Es la historia del romanticismo antes de los románticos; o, si se quiere (dando a la

palabra toda la amplitud que debe tener en la historia de la cultura), la historia del *barroquismo*, que ofrece, casi contemporáneamente al que podemos llamar «guntherismo», otras manifestaciones poéticas en el gongorismo español, en el marinismo italiano.

Una prueba más de la modernidad de Günther: el poeta es un cínico. —No un cínico alegre, como el Cenilli, ni frío, como el autor de *Curial i Güelfa* y los picarescos españoles, sino un cínico triste, como Rousseau y los elegíacos modernos. —Goethe, que, por otra parte, tanto había admirado a Günther y su vida romántica y tempestuosa, tronchada a los veintiocho años, descubrió aquí, con su habitual lucidez, la tara esencial de la nueva era que en el doloroso lírico se prefiguraba, su inferioridad moral: «Günther, decía, *wusste nicht zu zähmen*», no puede *avergonzarse*, es incapaz de hacerlo. Desde Rousseau hasta Tolstoi y Verlaine irá heredando más tarde, como una

especie de carácter orgánico adquirido, este vulnerable tendón de Aquiles. En realidad, nada más parecido a la actitud de Günther ante su padre, que le rechaza, que la actitud de Verlaine ante María, a quien «quiere únicamente amar», o ante su Dios, «que le ha herido de amor con herida que está viviente todavía...» Si dice el uno «*pauvre pécheur*», el otro había clamado «*armer Dichter*», y tanto monta.

Tu pobre poeta ya volverá otra vez
y se desplomará con toda su carga.

Esta «carga», por otra parte, esta carga religiosa o personal, esta misma actitud de sucumbir, ¿no son algo hereditario, el signo de parentesco, precisamente, desde Lutero hasta Verlaine? En medio, casi solitaria, se eleva la serenidad de Goethe. Goethe es el que *se ha comido* «la carga», la ha digerido, y ahora «la carga» se ha vuelto en él «fuerza», y en lugar

de hacerle sucumbir, le ayuda a mantenerse de pie... Cuando la fuerza fatal de las cosas le obligaría, si no a sucumbir, a inclinarse, se esconde (guarda cama cuando la muerte del príncipe amigo, cuando el incendio del teatro, etc.) Como es un artista, como es casi un dios, él, rompiendo con el largo linaje de los cínicos, se vuelve un *médico.* Hasta para contarnos sus memorias, se daba buen cuidado de desorientarnos púdicamente, de colocarnos en tal situación que no sepamos distinguir *Dichtung* de *Wahrheit.*

IMPUDOR Y PUDOR

HEMOS convenido en encontrar en el perro el símbolo de lo impúdico (Diógenes «el perro», la palabra *cinismo*, etc.)

Si el perro es por excelencia lo impúdico, el dios es, en el otro extremo, lo púdico por definición.

Por eso si un perro se exhibe hasta para engendrar, un dios se oculta hasta para existir.

DEFINICIÓN

SIN propósito ninguno, en este momento, de valorar, sólo con intento de definir, podremos avanzar la fórmula siguiente:

Artistas clásicos son los que quieren parecerse a los dioses; artistas románticos, los que quieren parecerse a los perros.

VOLVAMOS A GÜNTHER

NATURALMENTE, aquel Verlaine, apenas sietecentista, será, a la vez que místico, báquico. También hay en esto una tradición desde Lutero. —Tolstoi, si no es báquico en el sentido de cantor del vino, lo es en el sentido de preocupado por el alcohol... En semejante materia, preocuparse me parece hermano de beber. Tristeza y embriaguez, hijos son entrambos de Dionisios.

(... En semejante materia, y en otras de moral pública: vestido, espectáculo, etc... Alguna vez lo he dicho a algunos amigos, moralizantes de

noble celo, como Juan Llimona o Ramón Rucabado.)

«Los cantos báquicos y estudiantescos de Günther —nos cuenta Farinelli— todavía tienen vida hoy. Aun son entonados en convites y banquetes. Los entonaba Goethe cuando estudiaba y enamoraba en Leipzig».

He aquí una nueva garantía de modernidad secular.

VOLVAMOS A GÓNGORA

«Azorín» usa ahora un papel de cartas con un membrete que dice: «Amigos de Góngora». Antes había regalado unos cuantos ceniceros de loza, adornados del rótulo: «Amigos de Lope de Vega».

Los que tenemos derecho, sino posibilidad

actual (por falta de un regalo por parte de nuestro ilustre y querido Presidente), a usar aquel papel, somos amigos de Góngora por una razón, igual en la apariencia, distinta en el fondo, a la que tendría un estudiante alemán báquico para declararse amigo de Johann Christian Günther.

Por su modernidad, por su «secular modernidad», serán los poetas amados. Pero hay dos maneras de ser moderno: una, seguir la actualidad; otra, revelar algo nuevo en la eternidad.

Cuando los estudiantes de Leipzig aprendieron las canciones de Günther, pudieron aprender también la ley de la gravedad según Newton. Lo primero era, y es todavía, una actualidad. Lo segundo era, y ha sido todavía —hasta ayer mismo (ya sabéis, en tiempo de Einstein, la razón de este inciso)—, una revelación.

Así, tal vez, a vuelta de esta vagabunda disertación, hallamos respuesta a la duda que

suscitábamos al principio sobre si decir «moderno» es un elogio.

Será un elogio cuando lo de «moderno» se refiera a una revelación; sólo un medio-elogio, cuando se refiera a una actualidad.

No actualidad, sino revelación, me parece la modernidad del *Soneto a una dama muy blanca vestida de verde* y de la *Letrilla* de los ruiseñores, las campanas, las trompetas, los violines, las liras y las sirenas.

SUEÑO, VIDA, ARTE

¿La vida es sueño? —De ninguna manera: La vida es arte.

He aquí un párrafo del pastor Wagner, en su libro, demasiado olvidado hoy, sobre *La vida sencilla:* «En toda vida observamos cierta cantidad de fuerzas y de substancias asociadas para un fin. Materiales más o menos en bruto son en ella transformados y conducidos a un grado superior de organización. No otra cosa ocurre en la vida de los hombres. El ideal humano consistiría así en transformar la vida en bienes superiores a ella misma. Puede compararse la existencia a una primera materia. Lo que es, importa menos que lo que de ella se ob-

tiene. Como en una obra de arte, lo que debe apreciarse en la vida es lo que el artífice ha sabido poner. Traemos al nacer dotes diferentes. Uno ha recibido oro; otro, granito; un tercero, mármol; la mayor parte, madera o arcilla. Nuestro deber consiste en moldear estos materiales. Todos saben que puede usarse mal la materia más preciosa, y también que puede obtenerse una obra inmortal con una materia sin valor».

Larga es la cita, pero nos importaba copiar el texto, porque en él se resume toda la tesis ética del arbitrarismo. Lo que precisamente separa la vida del sueño, no es la materia, sino la forma que se le puede dar. «Estamos hechos de la misma materia que nuestros sueños», dice Shakespeare. «Materia» (literalmente, más bien, *pasta*), no «trama», cómo vierte algún traductor español... La «trama» es precisamente lo distinto, porque el sueño es siempre «en rama»; el sueño no se teje, mientras que la vida, sí.

(Ya he citado alguna vez, sin embargo, el caso de Hervey de Saint-Denys, que llegó a adquirir tal poder de voluntad, que dirigía y reglaba anticipadamente sus sueños de cada noche. Las consecuencias de una generalización, o siquiera de una pluralización del caso, volverían a identificar sueño y vida, pero ya en un sentido opuesto al del que, tras larga peregrinación por las culturas, había de volverse mito calderoniano. La vida sería sueño, *pero también el sueño entonces sería arte.*—(Prescindamos, por el momento, de semejante posibilidad.)

Si el contenido del sueño se da, mientras dura el sueño mismo, «en rama», el recuerdo del sueño (que, por otra parte, ya es vida), llega tal vez a «hilarse», pero no puede alcanzar a «tejerse». La distinción me parece importante. Significa que puede darse en el argumento de un sueño (y aun en el argumento *narrado*, es decir *elaborado*, objeto ya de una esquema-

tización inteligente) cierta sucesión lineal, pero no una simultaneidad de ámbito; una serie vertical, para representarlo gráficamente, pero no las series horizontal y diagonales que con aquélla se entrecruzan. Un soñador es, por definición, un desmemoriado. *Sigue*, acaso, *un hilo*, pero la dirección de este hilo no está en ningún momento determinada por ninguna imposición procedente de las consecuencias del recorrido anterior.

¡Oh maravilla! En esta polarización múltiple de la vida reside precisamente la razón que permite hacerla más sencilla que el sueño. Porque la vida respecto del sueño *ya es siempre sinopsis*. ¿Qué juzgáiz más complejo, el recorrido de una selva o la visión de un cuadro botánico de Linneo? ¿Qué juzgáis más sencillo, guiarse por el olfato como los perros o por un buen mapa como el turista? —Hablo, bien entendido, de sencillez y de complicación, no de facilidad o dificultad. Sabemos todos que lo

sencillo es, en muchísimas ocasiones, lo más difícil. —Usando el lenguaje de los lógicos, formularíamos que el sueño tiene mucha más *comprensión* que la vida justamente porque tiene menos *extensión;* así como, un paso más lejos, la vida tiene más comprensión y menos extensión que la ciencia.

La vida es arte. Y en cuanto la vida es arte, en cuanto no es determinación y fatalidad pura, la vida está situada a mitad del camino que separa el sueño, de la ciencia.

DE LA SENCILLEZ

Yo he escrito, en mi *Nuevo Prometeo:* «Lo primero, ¡la Belleza!... —Y, ¿qué es la belleza de las cosas naturales? —La Simplicidad. —Y la belleza de las cosas sociales, ¿qué es? —La Jus-

ticia». Y en el mismo drama, la Inteligencia: «Ya entiendo: veo que para mí no habrá salvación sino en la justicia y en la simplicidad».

Dejemos en este momento la justicia —aunque indirectamente, también nos ocupemos en ella—. Hablemos de la simplicidad, es decir, de la belleza de las cosas naturales sobre las cuales opera el arte de la vida.

El primer precepto artístico de la vida, a lo menos para el hombre contemporáneo, es la sencillez. —Insistamos siempre: ¡Nada de común entre el novecentista y des Esseintes! Nosotros tenemos otra cosa que hacer que dorar tortugas!... ¡Cómo! ¿Ibamos a perder el tiempo dorando tortugas, cuando tanto tiempo y tanto trabajo se necesita para la obra urgente de desdorar filisteos!

Pero si las tortugas no han de ser doradas, puede que convenga que lo sean las puertas de la ciudad. Las puertas doradas de la ciudad no se oponen al espíritu de sencillez. —Volvamos

al pastor Wagner: «De tres individuos que acabo de encontrar en mi camino, uno iba en coche, otro a pie, el tercero descalzo. El último no es necesariamente el más sencillo de los tres...» Y a la anécdota antigua: «¡Pisoteo el fausto de Platón!» —«Sí, pero con otra especie de fausto!»

¡Hombre sucio pisando las alfombras del sabio! ¡Hombre descalzo, que cruzas el camino de Carlos Wagner! ¡Malos artistas, malos artistas!

La alpargata es cien veces más sencilla que la sandalia, y, generalmente, cien veces más sencilla que el pie descalzo.

EL TRABAJO Y EL JUEGO

CREO que el pastor Wagner se equivoca, por lo menos en el tecnicismo, al negar o regatear al juego el pensamiento, mejor dicho, al oponer juego y trabajo en el pensamiento.

Jugar puede ser el acto de máxima y más refinada sencillez. — Probablemente, cuando Jesús decantaba la accesibilidad de los niños a las recompensas supremas, no excluía de su conducta la alegría del juego.

El pensamiento es un instrumento serio; pero es un juguete también. Un juguete serio, y sencillo.

El mismo ejemplo que Wagner da, en «La vida sencilla» le traiciona. Cierto, unos monos en-

trando en el taller de un pintor producen el desorden. Pero el orden que el pintor tenía allí dentro era el orden de un supremo deporte y de un juguete divino. El orden del arte, aparentemente inútil para la mirada superficial.

NUEVA "FLOS SOPHORUM"

MUCHO REPOSO

PARA cumplir con tan grandes trabajos ha sido necesario —mucho reposo—. ¡Palabra admirable del «Elogio de Buffon», pronunciado por Vicq d'Azyr, sucesor suyo en la Academia Francesa!

Gran parte de la «Historia Natural» fué compuesta por el sabio en su alojamiento de *Jardin du Roy*, en París. Otra parte, en Montbard. «En Montbard, en medio de un jardín adornado —dice Vicq d'Azyr—, se eleva una torre antigua: allí es donde M. de Buffon ha escrito su

historia de la naturaleza». Llegaba allí a la aurora, vestido de etiqueta. Quedábase solo: nadie, ni extraños ni familiares, tenía derecho a distraerle. Parece también que por aquel tiempo trabajaba sin documentos a la vista, fiado de su maravillosa memoria. Entraba y salía de la torre. Paseaba por el jardín; los árboles, las flores, los animales enjaulados, que bordeaban las elegantes avenidas, estaban probablemente colocados allí, más que como tema de estudio, como estímulo a la inspiración. Libre, independiente, Buffon recorría las avenidas, pensativos los ojos, el paso moderado. De repente, levantaba la cabeza hacia el cielo; apresuraba el andar, llegaba a la torre, escribía; volvía a salir, retrocedía, entraba de nuevo, borraba lo escrito. Permanecía un momento ante el papel, leía, releía, sonreía satisfecho... Ahora, al salir, iba declamando musicalmente las propias palabras. A lo largo de las avenidas, mientras el sol subía al zenit, y

más tarde, cuando declinaba hacia el poniente, Buffon continuaba vertiendo los tesoros de su elocuencia sobre los árboles, sobre las flores, sobre los animales enjaulados... Lejos de parecer un espectador ante el espectáculo de la naturaleza, era él seguramente el espectáculo, y la naturaleza el espectador.

En la velada, el mismo ensayo que antes había realizado con plantas y animales, lo repetía con señoras. Leíales las páginas redactadas. Rogábales que las leyeran ellas mismas, en alta voz y en su presencia. El escuchaba, juzgaba, apreciaba la cadencia y el ritmo. La cabeza, con su blanca peluca, se inclinaba atenta, con una actitud muy noble; ausentábanse los ojos en lejanía; la vuelta y tendida mano, con un movimiento apenas perceptible, llevaba el compás. Un momento, entreabría los dedos, en un movimiento rápido: era que el oído acababa de advertir una imperfección, una disonancia. Y en seguida, el índice ordenaba, tanto

como los labios, la oportuna corrección... Sereno el espíritu, volvía a la aplicación, a la obra perfecta... ¡Sí, sí! Vicq d'Azyr lleva toda la razón: Para cumplir con tan grandes trabajos, se necesita mucho reposo.

DAUBENTON

CUANDO el sabio y las damas entraban en lo mejor de la embriaguez por esta elocuencia, entraba acaso en el salón un hombre muy débil, de mirada tímida y gestos cortados y, oyente a su vez, sonreía un poco.—Este agua-fiestas se llamaba Luis Juan María Daubenton.

El naturalista Daubenton, compañero de Buffon desde la infancia, era hijo de un notario de Montbard. Había descubierto —nos cuenta Cuvier en el *Elogio de Daubenton*— «cinco especies de murciélagos y una musaraña».

Pero la fama le atribuía muchas admirables invenciones más, y, realmente, el examen de su obra muestra una notable multiplicidad de resultados. Así pudo decir Camper que «Daubenton no sabía de cuantos descubrimientos era autor». Sin embargo, su preocupación en cualquier cosa era la exactitud. Como silencioso homenaje a la exactitud, debían interpretarse sus discretas sonrisas ante las descripciones de Buffon.

Buffon le tomó un día por colaborador. En los primeros volúmenes de la *Historia Natural*, es obra de Daubenton la parte anatómica, minuciosísima en detalles. Más tarde, aquél no pudo resistir más a la sonrisa de éste. Separóse de él, publicó una nueva edición de la «Historia Natural», trece volúmenes dozavo, en cuyo texto se prescindía, no sólo de la parte anatómica, sino también de la descripción del exterior de los animales.

Todo el mundo ha estado conforme en que

la obra perdía así gran parte de su valor. El sabio elocuente, sin la compañía del sabio minucioso, cae en la vaguedad y en el blando cultivo de los lugares comunes. Los tratados relativos a las aves y a los minerales que Buffon lanzó estando ya solo, produjeron, al publicarse, una gran decepción entre naturalistas.

Lo que se ha comentado menos, es la pérdida y disminución recíproca. El sabio elocuente sin el sabio minucioso se volvía menos exacto. Pero también, en realidad, se *volvió menos exacto el sabio minucioso sin la compañía del sabio elocuente.* «El mismo hombre —dice Cuvier, que se había explicado con tanta fuerza contra toda especie de método en historia natural—, acabó por adoptar algunos que no son mejores ni tal vez tan buenos como los que había censurado». Así pudo equivocarse gravemente en la única ley general que se atrevió a enunciar en su vida: la ley relativa al número de vértebras cervicales de los cuadrúpedos.

¡Qué fracaso para alguien que ha podido merecer, como supremo elogio, la caracterización de su espíritu en que se decía que él, «por un método demasiado raro quizá entre los hombres ocupados en ciencias reales, había logrado que todos los recursos de su ingenio se coaligaran para poner silencio a su imaginación!»

VOLTAIRE, LAS HOTENTOTAS Y LA CASA DE ORLEANS

QUIEN no merecía, en verdad, el mismo elogio era M. de Voltaire.

Fué Voltaire quien más contribuyó a propagar la idea de que la naturaleza —¡la Naturaleza! — había dotado a las mujeres hotentotas de una especie de delantal de carne; testigo a la

vez, según el filósofo, de la naturalidad del pudor y de la necesidad de admitir la poligenesia. Voltaire creyó, en efecto, en la existencia de mujeres de especie zoológica distinta.

El duque de Orleáns, preocupado por el famoso delantal, encargó a un viajero que había de pasar por el Cabo de Buena Esperanza, M. Poivre, intendente, que procurara comprobar el hecho. M. Poivre dió un dictamen negativo. En él se fundaba para negar también el hecho Bernardin de Saint-Pierre, en el manuscrito de su *Voyage a l'Ile de France.* Digo en el manuscrito, porque la censura suprimió del libro impreso el pasaje relativo a las mujeres hotentotas: el censor manifestó el temor que con esto se comprometiera el prestigio de la casa de Orleáns.

Me figuro que M. de Voltaire se murió creyendo lo del delantal de la carne. —Para desengañarse hubiera necesitado, este productor apasionado y febril...— *mucho reposo.*

EL ESPÍRITU Y LA CALLE

Es tradición que Hipócrates fué el primer médico que acudió, directa y personalmente, a la cabecera de los pacientes que recurrían a su saber. Miembro de la ilustre familia asclepiada, que descendía de Esculapio y conservó por muchas generaciones el privilegio de ejercer la medicina, Hipócrates rompió así revolucionariamente con la costumbre de sus antecesores, que no se movían de los santuarios y esperaban allí la peregrinación del enfermo, peregrinación que muchas veces era para él la última por los caminos del mundo.

Así nació la ciencia civil, la ciencia «laica», en el sentido genuino de la palabra, que significa «popular». Así dejó el saber el mundo de lo ce-

rradamente sacerdotal y esotérico. La lógica secuencia de la generosa actitud de Hipócrates iba a consumarse en la obra social del mismo, con una invención nueva, animada por el mismo espíritu de renovación. El revolucionario asclepiada, el primero en visitar a clientes, fué también el primero —siempre según referencia de tradición— en enseñar a discípulos. En *enseñar*, digo, no *iniciar*. Que en cierto sentido, «pedagogía» e iniciación vienen a ser términos contrarios. La iniciación es para dicha al oído, la pedagogía para dicha en voz alta. La iniciación vive del misterio, mientras que la pedagogía vive precisamente de la luz. Una escuela no es en rigor escuela de verdad hasta que su puerta se abre. Escuela quiere decir para nosotros —para los europeos— doctrina abierta; nunca, casta cerrada.

Pero no bastaba abrir la puerta de la escuela para que ésta alcanzara a plenitudes de humanismo. Era necesario que la escuela no tuviera

ya puertas ni paredes. Era necesario que la escuela bajara a la calle. Esto comenzaron a hacerlo eleatas y sofistas, y hubo de consumarlo Sócrates. Sócrates es el hombre que encuentra el mejor campo de acción pedagógica, en la calle y en la casa. «Agorero», por no decir «bulevardero», el filósofo se acerca expansivamente a sus discípulos, *les busca*, en lugar de permitir no más que los discípulos se acerquen a él... —El «no entre quien no sea geómetra», volverá más tarde, en la historia del pensamiento griego, como una recaída. Pero, situada cronológicamente entre esoterismo y tecnicismo, entre la hora del sacerdote y la hora del profesor, hubo una hora, en la historia de la cultura de Atenas, en que la ciencia fué verdaderamente «popular», en que la filosofía se identificó con la vida.

Saltando los siglos, vemos al Renacimiento repetir el mismo proceso con el arte. En la Edad Media, el arte se había encerrado en el conven-

to. En el XIX, volverá encerrarse —acaso más estrechamente todavía— en el estudio del pintor, en la exposición, en el museo. Entre las dos clausuras, ¡qué magnífico período de vida civil y de libertad! Florencia, Venecia, Amberes, Amsterdam no se comprenden sin pensar en una belleza que se pasea por las calles y plazas cada día, que entra en las casas burguesas y plebeyas, que *busca* al contemplador, en lugar de esperar orgullosa que el contemplador respetuosamente se le aproxime. Como ramilletera en ciudad moderna que recorre el barrio céntrico y las terrazas de los cafés y la abierta lonja de los ociosos, y sin esperar permiso, y aun a quien rehusa, deja prendido un buqué de violetas en el ojal, así la belleza le salía solícitamente al paso, sin esperar oportunidades siquiera, a cada veneciano o a cada antuerpino. En la plaza de San Marcos o en las flamencas «Grandes Plazas», volaron un día, sueltas y soberanas, las esencias del arte, como vuela en

ciertos días del año el perfume de las violetas en la acera populosa, bulliciosa y soleada del Casino de Madrid.

A los comienzos de esta hora maravillosa se produjo en Venecia una invención que, respecto al arte, encierra el mismo sentido que la invención de la piadosa actitud hipocrática produjera un día en la ciencia. Al Giorgione es a quien se atribuye, en efecto, la introducción —la resurrección tal vez— del cuadro de caballete. ¡El cuadro del caballete, qué gran cosa! Ya no templo para la colocación de la pintura, ya no convento, ya ni siquiera necesariamente gran palacio! El burgués adquiere en una tela, puede el artesano adquirirlo —recuérdese, verbigracia, el precio de algunos cuadros de Alberto Durero— un completo cosmos de arte. Como la casa no es demasiado cerrada todavía, de la obra que disfruta Beppo o Johann disfrutan sus vecinos. Si la obra es importante, ha empezado ya antes a disfrutar la ciudad to-

da, no sólo en el momento de la terminación, pero ya durante la ejecución. De padres a hijos la obra se hereda; de casa de acreedor a casa de deudor se transporta. Sabe mucho —a veces demasiado para su conservación— del aire de la calle. Es incluso —¡oh! aicidad acabada!— *fungible*, es decir, que cada una de ellas y su valor, pueden ser cambiados y reemplazados por otro y otra. ¡Virtud poderosa, liberación suprema, las de la fungibilidad! El progreso magno traído por la invención de la imprenta no consistió tanto, en realidad, en haberse logrado que los libros fuesen extensamente múltiples, en haber logrado que fuesen decididamente fungibles.

Fenómeno muchas veces repetido a la historia: el mismo instrumento de emancipación había de convertirse más tarde en cadena de servidumbre. El cuadro de caballete que había paseado el arte por la calle, acabó, al contrario, por volverlo a recluír en las casas, al

cerrarse tristemente éstas, por obra del Ochocientos capitalista. Es la pintura mural, precisamente, la que hoy parece corresponder de preferencia, por lo menos en parte, al ideal de un arte público y social. Así paralelamente es la publicidad, la *edición*, la que, en determinado sentido, *estanca* la filosofía y la enseñanza de la misma, su pedagogía, las instituciones de instrucción pública, las que tienden a rodear su ejercicio y función de ciertos muros de privilegio. Y en la medicina, lo público, lo social, no es ya precisamente la casa, sino al contrario, el hospital y la clínica, es decir, aquello que, hasta cierto punto, podría recordar el santuario. Desde la casa a la calle suele haber en el mundo moderno exceso de escalera. El Espíritu escogerá otro camino. Lo que no consentirá el espíritu —lo que no consentirá por mucho tiempo— es vivir en un ambiente enrarecido, que a cada momento parece que le va a ahogar; es perder,

aunque sea por fidelidad a las formas por ellos inventadas, la libertad que un día en ellas le concedieron estos grandes maestros de normal civilidad: Hipócrates, Sócrates y el Giorgione.

LAS ÓPERAS Y LOS DÍAS

A las doce de la noche llega á nuestra sofocación, en estas todavía duras jornadas de septiembre, un poco de aire, como en el teatro, en invierno, cuando se levanta el telón.

Va a empezar una ópera nueva. Va a empezar un día nuevo.

Cada día trae su ópera, como su obra y su afán.

AGOSTO Y SEPTIEMBRE

Cuando más sueñan los durmientes parece que es en las horas de la noche que preceden inmediatamente a la aurora.

Cuando más sueñan los pueblos es en los meses de verano que preceden inmediatamente al otoño.

Por esto en agosto y en septiembre caen, en nuestra dulce Cataluña, las Fiestas mayores magníficas.

FIESTAS

El mismo sentido plural, jerárquico, armonioso, que llevó a los pueblos mediterráneos a la confección poética de sus Olimpos, preside todavía esta distribución jubilosa del año, en las pequeñas localidades de Cataluña, con su Fiesta Mayor —*la otra* Fiesta Mayor, menos importante (divinidad consorte, intercesora femenina)—, las demás Fiestas —los domingos— las Ferias y Mercados.

Hubo en Francia, cuando la Revolución, una tentativa de suprimir los domingos. En los campos, los bueyes, como herederos de una disposición ancestral al descanso en el séptimo día, parece que, llegado éste, rehusaban obscuramente a trabajar.

Si un mal aconsejado poder jacobino llegase

a suprimir la Fiesta Mayor en los pueblos de nuestra costa, hasta los peces, llegados aquellos días que fueron señalados, se dejarían de nadar.

Y, plegando las aletas y cerranda los ojos, hundiríanse en las aguas profundas y buscarían en el sopor el alivio a la nostalgia y el olvido al tormento atroz del paso del tiempo.

... Mientras, arriba, nostálgicas también, pero menos discretas, las velas de los barcos no se podrían contener de nerviosas, y a la caricia de los vientos contestarían con secas crepitaciones de inquietud. Y parecerían a cada momento a punto de estallar.

SARDANAS

Me parece muy mal este anuncio de festejos leído en un programa de Fiesta Mayor:

«*Sardanas públicas y privadas*».

La esencia de la sardana, como la del régimen democrático, ¿no será siempre la publicidad?

Baile republicano, y federal, y abierto —aristocrático, sin duda, pero con aristocracia de ciudad y no de salón—, ¿por qué empeñarse en desnaturalizarlo, metiéndolo allí donde las manos no se enlazan sin ceremoniosa presentación de las personas?

¡Mano tendida del danzador de sardanas,

siempre apercibida a enlazar la nueva mano que voluntariamente se acerca a ti, siempre dispuesta a soltarla por interposición de otra voluntad nueva! ¡Mano del pacto, libre y libertadora! ¿No eres tú el símbolo de la federación?

Quien no sienta la belleza de esto y su pasión, ciérrese en buena hora en lo que, si se me permite la osada frase, llamaré su entoldado de marfil... Navegar es necesario, no es necesario bailar sardanas. Pero, en el supuesto de bailar sardanas, vale más bailarlas bien que mal. Bailarlas bien, es bailarlas públicas.

Terminemos insinuando que, por otra parte, en los tiempos que corren, bailes simplemente privados ya no parecen existir. O son públicos o son íntimos.

LA VENTURA DEL CONDE ARNALDOS

La ventura que, según el romance, hubo la mañana de San Juan el conde Arnaldos, húbela también yo en esta mañana brumosa de septiembre.

Yo no había salido con un halcón en la mano, como el conde. Sino con un libro; digo, mejor, dos libros. Pero también, como el conde, iba a cazar la caza.

Y acercóseme un barco. Y el marinero que lo mandaba era un pobre pescador. Ya le conocía; le había visto dos veces: una, en París, en el Museo de Luxemburgo, por obra del pintor Puvis de Chavannes; otra, con aire más viril y en aguas más azules, a pesar del mal tiempo, en el libro de la Bien Plantada, a su final. En esta ocasión supe que se llamaba Nando. (Nan-

do, el que siempre se aplica a remar cuando las Bien Plantadas se han ido, el que perennemente nos da la lección de la callada energía, del trabajo cotidiano y humilde...) Digo que en aquella ocasión supe que se llamaba Nando; pero hasta hoy no he comprendido profundamente cómo se llamaba Pueblo.

Marinero que lo manda
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan nel' hondo
arriba los hace andar;
las aves que andan volando
las hace el mástil posar.

Nando cantaba esta canción de maravilla. El Pueblo cantaba esta canción de maravilla, frente a mí, misteriosamente, en esta mañana septembrina.

Y yo entré en arrobo, y los dos libros me cayeron de las manos.

Así hablé yo, como el conde Arnaldos: bien oiréis lo que dije:

Marinero, marinero,
¿me diréis este cantar?

Y me contestaba el Pueblo —tal respuesta me fué a dar:

—¡Yo no canto esta canción
sino a quien conmigo va!...

Esperaba el barco, velas tensas y musicales. Esperaba el barco, sonreía el enigmático pescador. ¿La ventura del conde Arnaldos no encerrará una tentación del Maligno?... —En un momento de suprema indecisión, volví la cabe-

za y mi vista abarcó la pequeña ciudad de la costa, con la blanca solidez de sus casas, el horaciano regalo de sus huertas, la dividida propiedad de sus campos; el castillo, más moreno que todo lo demás; el campanario de la iglesia, más alto que todo lo demás. Ondeaba en el Casino una bandera, y las músicas de la Fiesta Mayor, cuyo son empezaba a llegar a ráfagas, debían ya de andar en el pasacalle...

VAMOS, NANDO

Al volver los ojos me pareció que el pescador y su barco habían crecido extrañamente. Ahora sí que podía hablarse de marinero y de navío.

Mirándome en el blanco de los ojos, repitió con una sonrisa irónica el marinero:

—¡Yo no canto esta canción
sino a quien conmigo va!...

¡Bah!

Una torre de marfil me hubiera retenido más esclavizadoramente tal vez. ¡Pero *un entoldado de marfil!*

Sin demasiado esfuerzo, abandono la pequeña ciudad de las sardanas privadas.

Vamos, Nando. Hazme un lugar, Pueblo, en tu aventurero navío. Yo quiero también saberla y cantarla, la maravillosa canción que pone calma en los mares, amaina los vientos, gobierna los peces y las aves.

Vamos, Nando. ¡Mar adentro, a tu discreción, a la ventura!

¡Pero, espera! Embarcado en la nave, no quiero yo quemar mis naves. Mis naves más importantes son aquellos dos libros caídos allí, en la arena de la playa.

Deja que los recoja antes de partir. Deja que los lleve conmigo. Deja que los lleve, para abrirlos entre tempestades, cuando tu canción, marinero, se corrompa y no interese ya.



ÍNDICE

Páginas.

OBRAS DE EUGENIO D'ORS

De la amistad y el diálogo 2.ª edición. (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid.)
Aprendizaje y heroísmo. (Residencia de Estudiantes, Madrid.)
Grandeza y servidumbre de la inteligencia. (Residencia de Estudiantes, Madrid.)
La muerte de Isidro Nonell. (Agotada.)
«Flos sophorum». 2.ª edición. (Seix & Barral, Barcelona.)
La Bien Plantada. 2.ª edición castellana. (Calpe, Madrid.)
Oceanografía del tedio. (Calpe, Madrid.)
El Valle de Josafat. (Athenea, Madrid.)

OPUSCULOS FILOSÓFICOS

I. «Religio est Libertas». (Edición de la «Revista de Libros, Madrid.)

EL NUEVO GLOSARIO

Caro Raggio, Madrid.

El Nuevo Glosario. (2.ª edición.)
El viento en Castilla. (2.ª edición en prosa.)
Hambre y sed de verdad.
Poussin y El Greco. (En prensa.)

ANTOLOGIAS

La Filosofía del hombre que trabaja y juega. Antología filosófica de Eugenio d'Ors, por R. Rucabado y J. Farrán. (A. López, Barcelona.)
Glosas. Páginas del Glosari de Xenius 1906-1917, por A. Maseras. (Saturnino Calleja, Madrid.)

OBRAS COMPLETAS

DE AZORÍN

I. EL ALMA CASTELLANA
II. LA VOLUNTAD
III. ANTONIO AZORÍN
IV. LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO (AUMENTADA)
V. ESPAÑA
VI. LOS PUEBLOS
VII. FANTASÍAS Y DEVANEOS
VIII. EL POLÍTICO
IX. LA RUTA DE DON QUIJOTE
X. LECTURAS ESPAÑOLAS
XI. LOS VALORES LITERARIOS
XII. CLÁSICOS Y MODERNOS
XIII. CASTILLA
XIV. UN DISCURSO DE LA CIERVA
XV. AL MARGEN DE LOS CLASICOS
XVI. EL LICENCIADO VIDRIERA
XVII. UN PUEBLECITO
XVIII. RIVAS Y LARRA
XIX. EL PAISAJE DE ESPAÑA VISTO POR LOS ESPAÑOLES
XX. ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA
XXI. PARLAMENTARISMO ESPAÑOL
XXII. PARÍS, BOMBARDEADO Y MADRID, SENTIMENTAL
XXIII. LABERINTO
XXIV. MI SENTIDO DE LA VIDA
XXV. AUTORES ANTIGUOS (ESPAÑOLES Y FRANCESES)
XXVI. LOS DOS LUISES Y OTROS ENSAYOS

Pío Baroja

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.

El escuadrón del Brigante.

Los caminos del mundo.

Con la pluma y con el sable.

Los recursos de la astucia.

La ruta del aventurero.

Los contrastes de la vida.

La veleta de Gastizar.

Los caudillos de 1830.

La Isabelina.

El sabor de la venganza.

Las Furias.

